

**“EL OCASO DEL CARTERO”**  
(Okeeh)

**Fernando Belottini**  
(Rosario, 1996 - Córdoba, 1999)

*“...de pronto a lo lejos el paso la voz nada después de pronto algo algo después de pronto nada de pronto a lo lejos el silencio...”*

*Samuel Beckett – “Cómo Es”*

**Parte I: Presentación**

-Usted está invitado a mi casa y seguro probará el licor de mandarinas que preparó mi prima antes de morir y hablaremos por fin de eso que le interesa. Y no me pregunte por qué no lo hablamos hoy, porque no lo sé. O sí, lo sé, y no quiero decírselo.

-Tiene miedo.

-Puede ser. Pero también puede ser que no sea el momento.

-Qué lindo saco tiene puesto hoy, ¿es nuevo?

-No, tiene más de veinte años, lo uso poco.

-Parece nuevo.

-Sí, pero no lo es.

-A mí las cosas que parecen nuevas me gustan, pero si parecen demasiado nuevas ya no me gustan más.

-A mí en cambio me gustan las cosas gastadas y aunque usted no lo crea, todas las cosas están gastadas.

-No lo había pensado.

-Nadie lo había pensado. Yo mismo antes de decirlo no lo pensé. Lo dije nomás.

-¿Y eso lo hace siempre?

-Qué cosa.

-Decir sin pensar.

-No, a veces pienso y no digo y otras digo y no pienso. O lo pienso después, y me arrepiento. O me sorprende, me digo: qué bárbaro, qué cosas dije y eso que no las pensé. Cómo hubiera sido si las hubiera pensado. Y me imagino las cosas, la cantidad de cosas que podría pensar sin decir.

-Bueno, está bien.

-No, nada está bien.

-No se ponga así.

-Cómo quiere que me ponga. Sin pensarlo acabo descubriendo lo temible que soy.

-Eso es mentira.

-¿Mentira?

-Claro que sí, nadie se piensa a sí mismo tan malo. Si quiere lo compadezco y lo dejo tranquilo, pero a mí no me engaña. Yo he vivido bastante como para caer en esas trampas y hasta me acostumbré a escuchar a los hombres que solo dicen lo mejor de sí. Si usted los viera.

-Tengo sueño.

-Eso es normal.

-Pero qué le pasa.

-Nada.

-¿Me está controlando?

-No se ponga así.

-Y cómo quiere que me ponga.

-Más tranquilo. Hoy está desesperado. ¿No se estará por morir usted?

-No creo.

-No parece.

-Qué cosa.

-Qué cosa.

-Qué.

-Quién.

-Cómo.

-Cuándo.

-Dónde.

-A ante cabe con contra de desde en entre.

-Perdí otra vez.

-Hacia hasta para por según sin so sobre tras. ¿Qué tal?

-Termínela, ya ganó.

-Hoy usted está lento, perdido diría yo.

-Termínela.

-Le metí miedo, le metí miedo.

-Termínela.

-Bese su mano, bese su mano en señal que ha perdido y después deme un beso a mí, yo sabré cómo considerar su derrota.

-Es usted muy bueno.

-¿Es una ironía?

-No, una forma de vida. Aceptar que hay gente buena. Saberse perdedor, ser esclavo de la derrota íntima.

-No me haga reír.

-Transarse a sí mismo. Ser eficaz en cosas que no necesitan eficacia. Acortarse los horizontes. Ser como una zanahoria en la tierra. Un yuyo. Un vegetal, una planta. No verse a sí mismo, por lo menos por un tiempo. Comerse las uñas y escupirlas cerca.

-Me aburre.

-Peor es usted, que no sabe decir estas cosas. O las calla.

-Las callo. Las callo para no caer en contradicciones.

-Peor. Mucho peor.

-Qué sabe usted.

-Sí sé. Sí sé. Cualquiera entra en contradicciones. Usted es cualquiera. Ergo, usted está entrando en contradicciones.

-Qué sabe usted.

-Sí sé. Y me la aguanto.

-Hágame el favor.

-Ahora soy valiente.

-Ahora es valiente.

-Soy valiente. Soy valiente. No me mire así, míreme como se debe mirar a un hombre valiente.

-Há-ga-me-el-fa-vor.

-Muy gracioso.

-Voluntad, solo hay que tener voluntad, lo demás viene solo.

-A propósito, ¿tiene una aspirina?

-Una aspirina. No, no tengo.

-No era que usted siempre andaba con aspirinas.

-No, mi tío siempre anda con aspirinas. Por qué usted olvida lo que cuento. No hace muchos días le confesé que mi tío era traficante de aspirinas. Y lo hice con lujo de detalles, pero siempre dejé en claro que era él y no yo.

-¿Está seguro?

-Claro que estoy seguro. Es más, le pedí que lo guardara para sí. Pero ya me imagino, estuvo desparramándolo y, peor que eso, diciendo que yo lo era.

-Es una acusación injusta.

-Me lo imagino. Me imagino la manera en que lo contó.

-Es una acusación injusta.

-Pero no va a negar mi derecho a imaginármelo.

-Es una acusación injusta.

-Y peor que eso, llegamos al punto en que usted es la víctima. Me suicidaré, déjeme, me suicido aquí mismo y listo.

-Empezó la novela.

-¿No habíamos convenido en que...?

-No.

-No era que hoy yo venía dispuesto a todo.

-¿Es que alguna vez estuvo dispuesto a algo?

-¿Le puedo pedir un favor?

-Dos, si quiere.

-No quiero que usted ni nadie me cuestione. Hoy es mi cumpleaños. ¿Se da cuenta? Es mi aniversario. Mi día. Debo ser feliz a toda costa, hacer lo que quiera. Hasta me atrevería a decirle que necesito, necesito imperiosamente.

-Imperiosamente.

-Necesito imperiosamente humillarlo.

-¿Humillarme?

-Es usted un gusano.

-No me haga reír.

-Una bazofia. Un esclavo de su propia lengua. Un pedazo de carne inútil. Una colmena de abejas africanas. Un perro sarnoso. Un frasco de perfume.

-¿Un frasco de perfume?

-Vacío. Un frasco de perfume vacío.

-Qué agresivo. Es la última vez que le hago un favor. A propósito, ¿es verdad que no tiene aspirinas?

-De qué hablamos ayer.

-De la verdad. Yo le dije todo lo que sabía acerca de la verdad. Usted lo entendió, me dio la mano en señal de aprobación y después se fue a jugar a las bochas, con lo cual yo supuse haber hablado en vano.

-Dígalo otra vez.

-Supuse haber hablado en vano.

-Sabe que eso sí me hace reír.

-Tómelo como un regalo de cumpleaños.

-Gracias.

-Pero cuando yo cumpla años, le agradeceré que tenga la gentileza de hacerme un buen regalo. Yo doy para recibir y no me gusta la gente que da por dar.

-Qué profundidad.

-Y esto lo digo en serio. Exijo reciprocidad.

-¿De qué hablamos ayer?

-Del sentido de la vida. De lo mal que le queda a usted el amarillo. Del hecho de que así como pertenecemos a algo, también pertenecemos a alguien. Que nadie escapa de las pertenencias. Que algo o alguien nos pertenecen y a la vez pertenecemos a algo o a alguien. Es decir, no hicimos más que reconocer lo limitado de nuestras libertades y las aceptamos como aceptamos la verdad, la justicia, el crédito, la buena fe, la obediencia, el sacerdocio, la comunión.

-Debe haber hablado usted solo.

-No, usted también habló y dijo algo que me dejó temblando.

-No puede ser.

-Créame que después de hablar con usted, me fue imposible dormir.

-Debe haber estado hablando solo.

-¿Otra vez?

-Otra vez qué.

-Otra vez. Otra vez. Otra vez.

-Siga si quiere.

-Frito. Eso es, quedé frito.

-Siga.

-No sigo nada.

-Siga por favor, lo estoy escuchando atentamente. No hago otra cosa que escucharlo.

-No debe escucharme a mí. Debe escuchar a su voz interior.

-Yo no tengo voz interior. Tengo un conejo.

-Debe escuchar a su conejo.

-¡Oiga!, mi conejo no habla.

-Es que usted no lo escucha, no deja que él se exprese. Su conejo debe estar ansioso por hablar. No lo reprima. Mejor, si piensa seguir reprimiéndolo, mátelo antes.

-Nunca mataría a mi conejo. Es bueno conmigo. No ensucia, no se queja. Y cuando tiene hambre, levanta una pata.

-Qué bien.

-Claro que está bien, y está bien que yo lo diga así. Pero él no habla. No porque no sepa, sino por falta de voluntad.

-Eso es otra cosa.

-Claro que es otra cosa. Yo le respeto su falta de voluntad y se la halago. Le digo: Hacés muy bien, seguí así.

-Y él que dice.

-No le dije que no hablaba.

-Es verdad, qué lástima. Yo tuve un conejo que sí hablaba. Un conejo negro. En casa le decíamos el loro. Decía algunas malas palabras.

-No recubra su discurso. Venía bien.

-Qué dije de malo.

-El tono, cuide el tono.

-¿Tan mal lo hice?

-Sí, cuando dijo "en casa le decíamos "el loro"", hubo cierto engolamiento, cierta distancia, percibí una distancia para conmigo. ¿Somos enemigos nuevamente?

-A muerte.

-¡Qué problema!, no estoy preparado.

-Le doy tiempo, si quiere.

-Ni con todo el tiempo del mundo, le aseguro.

-Lo mataré. Soy su enemigo, su enemigo número uno.

-Está bien, máteme. Hágalo rápido y bien, no permita que sobreviva, no tengo ganas de vengarme. Con este calor.

-¿Volveremos a vernos?

-Sí, porque nos amamos.

-¿Es eso definitivo?

-¿Es el amor definitivo? ¿Somos nosotros definitivos?

-De qué hablamos hoy.

-Del poder del discurso, de la forma que tienen de someternos diciendo sandeces, de cómo entre las causas de muerte accidental está el discurso.

-Qué eruditos.

-Permítame besarlo.

-Equivocó usted el camino. Y lo peor, quiere que nos extraviemos. Yo sé muy bien hacia dónde voy y no tengo dudas en que usted sabe hacia dónde voy, pero quiere impedirlo, siempre lo ha hecho, se ha valido de las más sucias y sutiles trampas. Y lo más terrible: crece, crece y crece. Qué soy ahora yo: una miga, una miga de pan duro. Una hoja al viento, con perdón de la palabra.

-Qué palabra.

-Las dos: hoja y viento.

-Qué aburrimiento.

-Pimiento.

-Sentimiento. Aspaviento. Movimiento.

-Lento.

-Vento.

-Atrevimiento. No es voluntad, es atrevimiento.

-Autocuestionamiento. La flecha que da en el centro. El centro móvil y la flecha móvil. He ahí la verdad.

-He ahí la verdad y todas sus consecuencias.

-Verdad o consecuencia.

-Consecuencia de la verdad. Un hecho de mármol para cualquier cabeza dura. Permítame ser cabeza dura y yo lo dejaré a usted ser cabeza blanda.

-Yo quiero ser cabeza roja.

-Por qué nunca quiere ser lo que yo quiero que sea y es eso, eso que usted cree que es lo mejor. ¡Por favor!, si se viera. En cambio... si me hiciera caso. En fin, no quiero ser inmodesto, pero en esta valija, así como la ve, traigo las soluciones para su alma: un jugo de frutas silvestres, un poco amargas, es verdad, pero efectivas a la hora de curarlo.

-Yo no estoy enfermo. Me da no se qué estar enfermo. Cuando lo estoy me pregunto a mí mismo si creo firmemente estar enfermo y enseguida me contesto que no, y así me curo.

-No me haga reír.

-¿Puedo masturbarme?

-No.

-¿Puedo explicar?

-No.

-¿Puedo hablar?

-Lo está haciendo.

-Pero, ¿puedo decir todo lo que quiero?

-Sí, dígallo de una vez.

-No viene hoy para eso. Vine a despedirme.

-Hubiéramos empezado por ahí.

-¿Cuándo fue que empezamos?

-Hoy, y todos los días empezamos. Hoy, y todos los días terminamos.

-Qué canzonetta, qué boutade.

- No diga esas cosas. Pueden oírlo.
- Que me oigan, lo gritaré si es preciso.
- Siéntese.
- A los cuatro vientos.
- Qué cuatrocientos.
- A los cuatro vientos.
- Cuatrocientos qué.
- En qué quedamos ayer.
- En lo mismo de hoy. Todos los días quedamos en algo y todos los días andamos en algo.
- Va fácil, siga.
- Todos los días nace una flor y todos los días muere una flor.
- Siga.
- Todos los días, de todos los días son como todos los días.
- Ahora me acuerdo. Quedamos en que usted me traía esa corbata verde que le presté ayer.
- La perdí.
- Cómo que la perdió.
- La tiré.
- ¿La tiró?
- Me ahogaba.
- Y para qué la quiso.
- Para probar.
- Permítame que le saque los ojos y los tire a los perros. Usted no merece ver. Lastima las cosas mirándolas. Que se cuide el mundo de usted. ¡Las mujeres y los niños primero!
- Y los ancianos.
- ¿Otra vez?
- Sí, otra vez, ¿y qué?
- Y nada.
- Y los ancianos.
- A mí no me gusta ser anciano. ¿A usted?
- A mí sí. Las mujeres, los niños y los ancianos primero.
- Los niños, los ancianos y las mujeres primero.
- Las mujeres, los ancianos y los niños primero.
- Los ancianos, las mujeres, los niños, los perros y los gatos, primero.
- Los ancianos, las corbatas verdes, los obreros, las mujeres y los niños, primero.
- Los industriales, las mujeres y los niños primero.
- Las plantas, los planetas, la luna y las mujeres primero.
- ¿Otra vez?

-Hablemos de otra cosa.

-Empiece usted.

-No quiero.

-Empiece que yo lo sigo.

-No me gusta que me sigan.

-Qué tiene ahí.

-Un grano, es mi grano de la suerte.

-Qué suerte.

-Qué estúpido.

-Por favor, si se ha ofendido, déjeme desofenderlo.

-Es imposible, una ofensa queda marcada a fuego en la conciencia. No hay con qué borrarla y juro que lo he intentado.

-Y si le doy dinero.

-Deme el dinero, luego lo pensaré.

-¿Otra vez?

-Todas las veces que sean necesarias. Tenemos un objetivo, hemos encaminado las fuerzas en un rumbo certero y nada ni nadie puede esperar de nosotros otra cosa. Los que no estén de acuerdo formen una fila. Pasarán a degüello.

-A qué.

-A degüello.

-Es usted muy feroz y traicionero.

-Yo soy lo que quiero y al que no le guste se jode, se jode.

-Siempre me pareció un hombre razonable. Eso de degüello.

-Oiga.

-Oiga nada. Póngase en la fila.

-Póngase usted si quiere.

-Está bien, yo seré el primero.

-Qué estupidez.

-Y ahora me degollaré con esta lanza. Después córteme usted la cabeza y tírela, tírela donde nadie la vea. Tírela donde ni yo mismo, ya muerto, la vea.

-Qué quiere que digamos después.

-Que era un hombre razonable, que murió en su ley y que los perros vagabundos le lamían las manos. Que bajo un árbol escribió un libro y que bajo el libro escribió un árbol y que nunca permitió que nadie se sonara las narices frente a él. Y que llegó a morir por un ideal. Bueno, eso no lo ponga.

-No lo pongo.

-Y que tuvo miedo. Un miedo zonzo, de perro.

-De perro.

-Que se amó como nadie a sí mismo. Eso tampoco.

-Eso sí, déjeme ponerlo.

-Bueno está bien. Pero ponga se amó a sí mismo con cierta vergüenza.

-La vergüenza de haber sido.

-Y el dolor de ya no ser.

-Y el dolor de ya no ser.

-De qué hablamos el jueves.

-De lo mismo que estamos hablando hoy.

-Me parecía.

-Y mañana, de qué hablaremos.

-Me comprometo a traer un tema. Un tema fuerte. Hablaremos de amor.

-Entonces no vengo.

-Dele, venga. Yo estudiaré, le juro.

-Entonces vengo. Lea especialmente el capítulo dos. Hay toda una paradoja en el amor. El amor como fuente de razón y justicia. Y al mismo tiempo ¿es el amor fuente de toda razón y justicia? ¿Amamos a las piedras y a los ríos de la misma manera que amamos a los caracoles y a las serpientes?

-Entonces no vengo.

-Pero usted quiere traer el tema.

-Entonces vengo. Pero no traigo nada.

-Traiga algo. Un sándwich, por lo menos.

-Entonces traigo un sándwich.

-Ayer amaneció como hoy. Todos los días son iguales a los próximos, los pasados son iguales a los próximos, así la vida preanuncia lo que vendrá. Lo que vendrá entonces ya no es nuevo para nadie.

-Cuénteme por fin esa historia.

-Si conocemos el futuro, nada hay en el presente que nos preocupe. El futuro es inexorable como son inexorables las horas por venir. La próxima estación de un tren es esa y no otra, a no ser que convengamos usted y yo que la próxima estación es aquella que queremos.

-Sigue con eso de la voluntad.

-Con usted no hablo. Pasa lo mismo con el viento. Creemos que el viento pasa porque ya nos pegó en la cara. Pero ¿y el que ahora nos está pegando? ¿Pasa o pasará? ¿o nos está pasando?

-Eso es lo que siempre me pregunto. Qué está pasando.

-Cállese.

-Cállese usted.

-Ayer caminando hacia aquí encontré a una niña rubia. La niña tendría unos tres años y jugaba hablando sola a que ella era su propia madre. Yo me paré a verla y ella dejó de jugar. ¿No es eso lamentable?

-No.

-¿Quién era yo para detenerme, un asesino?

-Un cazador.

-Por eso llegué tan mal conmigo mismo y quise pegarme latigazos en la espalda.

-Yo no le iba a prestar mi cinturón.

-Después me senté aquí y dije: Ayer amaneció como hoy.

-Eso lo dijo hoy.

-Ayer también.

-Yo no lo escuché. Pero lo vi llorar. Debería moderarse un poco. Por el moco, digo. Debe haber tomado frío. Creo que sé lo que le pasa. No asume su edad. En cambio yo.

-Cállese.

-No me callo nada. En cambio yo sé muy bien la edad que tengo y actúo en consecuencia. Camino con lentitud, me abrigo, trato de oler a las flores. No soy más que un agradecido de estar vivo. Demasiado vivo, diría. Casi una exageración. A veces tengo que convencerme de que no estoy tan vivo. Me digo: es una ilusión, ya se me pasará. Pero no hay caso, no sé qué haré el día que me muera con este convencimiento. Qué decepción. Tendría que prepararme de algún modo, no sé, quedarme algunos segundos sin respirar o quedarme quieto y con los ojos cerrados, sin pensar en nada. Pero no puedo. Y no porque no lo haya intentado ¿eh? Más de una vez hice la prueba y no pasé del minuto. Sabe qué me pasó, me asusté. Esa es la verdad. Me asusté. Después no dije nada más. Creo que estaba cansado de tanto caminar. El cansancio hace que uno piense de manera equivocada. Entonces, regla número uno de aquel que quiera pensar algo: estar descansado.

-¿Y si jugamos a algo?

-No estoy para jugar. Alcánceme esa hoja.

-Qué hoja.

-Esa hoja del suelo.

-Ni loco.

-Quiero demostrarle algo.

-Dígalo, yo le creo.

-Por qué usted es un hombre tan simple, siendo que todos los hombres son complejos.

-En realidad, así como practico morirme, practico ser un hombre simple. Y no es fácil, le aseguro. Es bastante complicado. Lo que usted ve no es más que una apariencia de simplicidad, elaborada. Dentro de mí hay dos millones de personas hablando a la vez sin ponerse de acuerdo, no solo entre ellas, sino con el mundo. A simple vista no se ve más que este hombre, deme la mano.

-Lo felicito, en serio, lo felicito.

-Gracias.

-Debe ser todo un esfuerzo para usted.

-A propósito, hace unos días me dijo que quería demostrarme algo.

-¿Yo?

-Sí, usted.

-No le dé importancia. Soy de decir esas cosas. No me las crea.

-No debo creerle.

-No.

-Entonces pierdo el tiempo.

-Es "su" tiempo, no el mío.

-Menos mal. Creí que ambos lo perdíamos.

-En absoluto, usted pierde el tiempo, y lo hace muy bien.

-Entonces, si yo pierdo tiempo, alguien debe ganarlo.

-Es posible.

-Qué feliz soy.

-Me imagino.

-Qué feliz soy.

-Yo también.

-A propósito, hace unos días hablamos de la felicidad y usted me dijo que cualquiera podía ser feliz en la medida que se lo propusiera.

-No me haga reír.

-Usted lo dijo, no yo.

-Habría hablado con otra persona.

-Es posible.

-Habría hablado con otra persona.

-Y me dijo también que conocía gente feliz y que eso no lo incomodaba.

-Y por qué habría de incomodarme.

-No sé, quién más quien menos, todos queremos que los demás sean menos felices que nosotros.

-Es que nosotros estamos a salvo.

-Es verdad. Fíjese hoy luzco una boina. No he visto a nadie que tenga una boina como esta, por eso debe ser que me siento bien.

-Es fácil para usted sentirse bien.

-Sí, y a veces no me pongo la boina, sino una bufanda y también me hace feliz.

-Es fácil para usted sentirse bien.

-Otros días uso chaleco. El chaleco me da un aire de importante. Y no le digo nada cuando uso mi saco de pana. Es un saco azul, debe tener diez años por lo menos. Creo que soy importante. Más que eso, creo que soy imprescindible para el mundo. Creo que el mundo no sería tal si yo no saliera a la calle con mi saco azul de pana.

-Tendría que prestármelo.

-Ni loco.

-Por una tarde nada más, aunque sea para conquistar mujeres.

-Discúlpeme, pero ese no es el cometido del saco azul.

-Pensé que lo era.

-Pensó mal.

-No desde mi punto de vista.

-De donde se lo mire, ha dicho usted una barbaridad.

-¿Le parece?

-Debería controlarse.

-Es cierto. Trato, pero a veces se me escapa.

-Me hace bostezar. Usted me hace bostezar.

-¿Y ahora qué?

-Y ahora nada. Hagamos silencio. Pensemos un rato. Pensemos algo.

-Pavadas y más pavadas.

-A propósito, qué pasó con su perro.

-Me lo comí.

-¿A su perro?

-Sí, tengo un amigo que me dijo cómo hacerlo.

-Pero, ¿no quería usted a su perro?

-Por eso me lo comí.

-No entiendo.

-Me está forzando a una conversación.

-Hace un rato le pedí silencio.

-Sabe que odio el silencio.

-Le pedí que pensáramos.

-Sabe que odio pensar.

-Le pedí que pensáramos en algo.

-Sabe que odio pensar y mucho más pensar en algo.

- Y cómo vive.
- Como una planta. Sin compromisos, sin ataduras. Como un rey.
- Lo envidia.
- Falta envidia.
- Quiero.
- Cante usted.
- No quiero.
- Treinta y tres.
- Treinta y tres.
- Gano por ser mano.
- Yo soy mano.
- Pero si usted dio las cartas.
- No usted.
- Usted.
- Usted.
- Usted.
- Usted.
- Yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos, aquellos y nosotros.
- Vosotros.
- Vuestros.
- Siniestros.
- Maestros.
- A propósito, dónde está la torta que prometió traer.
- En este paquete.
- ¿Y todo este tiempo usted estuvo ocultándome la torta?
- Así es.
- Cómo debo tomar eso.
- Como se toma cualquier cosa.
- Qué vergüenza.
- Más vergüenza es robar y que lo descubran.
- Es cierto. Pero deme ahora un pedazo de torta y olvidaré todo.
- La canción dice: Dame un pedazo de torta y vamos, vamos hasta la esquina a ver qué pasa.
- Y a mí qué me importa.
- Por eso estamos así.

-Cómo llegamos hasta aquí.

-Caminando.

-Es usted muy gracioso. Las pecas le quedan bien, hacen juego con su personalidad. Sin esas pecas usted no sería usted.

-Todo lo que tengo hace que yo sea lo que soy.

-Sigue con gracia.

-Todo lo que hago hace que sea lo que soy.

-Eso depende del momento en que lo haga. Por ejemplo.

-Baje el dedo.

-Por ejemplo, en este momento está usted comiendo.

-Por favor, no me señale.

-Eso quiere decir que usted es en este momento un hombre comiendo, nada más.

-¿Y usted qué es?

-Soy nada más que un señalador.

-Es un triste papel.

-Para nada.

-Un hombre comiendo, como lo soy yo en este momento, es mucho más que un hombre señalando.

-Debo corregirlo nuevamente. Todo depende de qué cosas señale.

-En eso coincido, es usted importante por señalarme a mí: un hombre comiendo.

-No es el mejor ejemplo. Además, veo que no me dejó nada.

-Ahora, es usted un hombre reclamando, nada más.

-Juguemos a otra cosa.

-Lo dice en serio.

-Por supuesto, es muy comprometido para mí estar diciendo lo que digo. ¿Qué tal estaban las verduras?

-Frescas.

-¿Y el paté?

-Un poco fuerte.

-Y las frutas.

-Pasadas.

-Y la cerveza.

-Optima.

-Las galletas.

-Húmedas.

-Póngase de acuerdo.

-Trato, todos los días trato de ponerme de acuerdo, pero me parece que no quiero. Estar de acuerdo es tan agotador.

-Eso es imposible.

-Qué cosa.

-Estar de acuerdo.

-El mundo es del color que usted lo pinte.

-Qué bárbaro, diga otra cosa como esa y me voy a mi casa a mirar tele.

-¿Tiene usted una tele?

-Sí.

-Cuénteme por favor.

-¿Usted no tiene tele?

-Sí, pero cuénteme cómo ve la suya.

-Le contaré. Todas las tardes llego a casa eso de las seis. Enseguida me quito la ropa y saludo a los míos.

-¿Desnudo?

-No, vestido de otra manera.

-Y con eso cree cambiar algo.

-Efectivamente. Me gusta la doble vida. Ser uno en la calle y otro en mi casa.

-¿Y cómo es en la calle?

-Le dije que me gustaba ser otro, eso no quiere decir que lo sea.

-Cuénteme del televisor.

-Saludo a los míos, quienes están en ese momento mirando tevé, por lo que apenas si me dicen hola. Eso me enfada. Inicio una reyerta.

-Una qué.

-Una pelea. Reyerta quiere decir pelea, disputa.

-Ah.

-Les echo en cara su falta de consideración para conmigo. Los demás se defienden, (entre nosotros, sé que tienen razón). Yo no soy quién para interrumpirles su programa favorito. Pero de todos modos insisto en que es una calamidad saludarme con desgano por estar mirando un simple programa de tevé. Ellos mantienen su posición. Yo sigo, me hago el fuerte y amenazo con desconectar el aparato. Tengo a todos en contra y sé, positivamente sé, que tienen razón, pero ya es tarde. Me he lanzado a la lucha, conseguiré que me escuchen, qué desvíen la atención del programa.

-¿Y?

-Ahí llega lo mejor.

-Siga.

-¿Otra vez?

-Sí, siga.

-No me ha dejado nada, ni siquiera una miga.

-Por eso, siga.

-Le advierto que si tengo que dejar de hablar para comer. Hablaré con la boca llena.

-Es más fácil hablar con boca llena. Los que hablan, generalmente lo hacen con la boca llena.

-No me haga reír.

-No fue mi intención.

-Pero lo dijo. Y fue una ironía. Pero una ironía muy gruesa, muy procaz. ¿Qué tal estaba el salame?

-Delicioso.

-¿Y los bizcochos?

-Un poco pesados.

-¿Y el pan integral?

-No había pan integral.

-Nunca hay pan integral.

-Entonces no pregunte.

-Es mi obligación.

-Acaba usted de exasperarme. Me voy a mi casa.

-Qué rápido se ofende. Lo más gracioso es que antes de ofenderse mira su reloj. Debe tener pautados los momentos para ofenderse. Eso me hace gracia. Córrase que debo reírme.

-No hablamos hace un rato de los momentos.

-Se.

-Y yo qué dije.

-No sé.

-Haga un esfuerzo.

-No sé, creo que dijo que uno era el momento que vivía y nada más.

-Y que otra cosa dije.

-No sé.

-Haga otro esfuerzo. Esta vez, pequeño.

-Y dijo que... no sé, no sé.

-Por favor.

-No pida favores que no sabe como devolver.

-Siempre devuelvo los favores.

-En cuotas.

-No, en cuentagotas.

-Y cuántos cuentagotas me dará por recordar.

-Doscientos.

-¿Doscientos? Y cree que por doscientos cuentagotas pondré en marcha todo el mecanismo del recuerdo.

-Hay quien paga menos.

-Ese no es el punto. Esta es una transacción entre usted y yo, olvídense de los demás. Yo soy ahora el que le pide algo. Yo, así como me ve, le pido que se olvide de los demás.

-Y cuánto paga por eso.

-Trescientos cuentagotas.

-¿Trescientos cuentagotas?

-Y le parecen poco contra sus doscientos.

-Por supuesto. Hay mucha escasez de olvido. Nadie puede olvidar, pero todos prefieren decir que han olvidado. Entonces nadie sabe exactamente si el olvido es real o aparente. Eso hace que el olvido se esté cotizando muy bien, muy alto.

-Y mis recuerdos no valen.

-Muy poco.

-Entonces para qué me pide que recuerde.

-No sé, pero creo que si usted recuerda, hace que yo no recuerde, entonces gano en olvidos.

-Es usted un tramposo. Un hombre desleal.

-Me lo han dicho.

-¿Y?

-Y qué.

-Cómo era lo del televisor.

-Qué televisor.

-Eso del televisor, que usted llegaba y...

-Eso es parte de otra cosa.

-Me parecía.

-Ser o parecer. Tener o ser. Saber o ser. Saber o tener. Creer o poder.

-Entonces hágalo.

-Lo haré, se lo prometo.

-Todos me piden que reflexione. Yo hago lo que puedo.

-Es una buena excusa.

-Qué cosa.

-Alimentarse y no pensar. Yo lo hice hace unos años y era muy aburrido.

-Sin embargo, a mí me gusta más comer que pensar.

-A mí me gusta pensar y comer. Recuerdo que cuando pensaba y no comía, llegaba a conclusiones importantes, pero al rato nomás me entraba el hambre. El hambre no era entonces un agujero, sino una suposición.

-¿Nunca estuvo enamorado?

-Qué tiene que ver.

-Qué cosa.

-El amor y la comida.

-¿No estábamos hablando del pensamiento y la comida?

-De qué hablábamos entonces.

-De nada.

-Gracias.

-De hacer gracias.

-De dar gracias.

-Demos gracias a Dios.

-Es lo que decimos ahora antes de comer.

-Y cómo les va.

-Es lo mismo. Agradecidos o no, nos comemos todo. Todo va a parar al mismo lado.

-Nunca crecerá.

-Qué le pasa hoy.

-¿Usted se está dirigiendo a mí?

-Sí. Y sin su permiso, lo sé. Discúlpeme, si puede.

-Lo disculpo y a la vez, le pido perdón.

-Yo también lo disculpo.

-Deme la mano entonces.

-¿Es esta su mano?

-Sí.

-¿Es nueva?

-Qué cosa.

-Su mano, digo si es nueva.

-Es la misma de ayer.

-No, discúlpeme.

-Lo disculpo.

- Su mano ayer estaba sucia.
- Le puedo garantizar que es la misma mano.
- Usted quiere decir que una mano sucia es igual a una mano limpia.
- Depende.
- ¿Depende?
- Permítame ser sabio.
- Le permito ser sabio y vanidoso.
- No, no, permítame ser solamente sabio.
- No puedo.
- Es usted un hombre que obstaculiza la comunicación.
- En qué estábamos.
- En la comunicación.
- Ah, sí, la comunicación, es muy importante, sobre todo cuando uno no se puede comunicar. Yo he querido por bastante tiempo comunicarme con una persona. Entre nosotros, con una mujer.
- ¿Una mujer?
- Sí, una mujer es una persona.
- Me interesa.
- Qué cosa.
- A mí también me interesa comunicarme. Ayer hablé por teléfono con mi madre.
- Que también es una mujer.
- Exacto.
- Y en qué quedaron.
- Con quién.
- Con su madre.
- En nada. No nos pusimos de acuerdo.
- Eso también es comunicarse.
- Exacto.
- A propósito, ¿ha estado mirando televisión en estos días?
- No.
- Yo tampoco.
- Cuál es su problema.
- El mismo que el suyo.
- Y eso cómo lo sabe.
- ¿Usted está temblando?
- Sí.
- Yo también tengo frío.
- En el alma.

-Oiga.

-Sí, lamento tener que decírselo pero usted tiene frío interior, y eso se nota.

-A propósito.

-A mí me gustaría mirarle por dentro, usted debe guardar algún secreto.

-Como todo el mundo. Solo que mis secretos no valen nada. Hace unos años, tenía un secreto muy cotizado y lo vendí, luego gasté el dinero, mejor dicho, lo derroché. Mejor dicho, compré un secreto que me habían vendido por bueno y resultó ser una noticia.

-¿Usted compró una noticia?

-Y la pagué muy cara.

-Me pregunto si podré seguir hablando con un idiota.

-Siga preguntádoselo, yo tengo que ir al baño.

-Quiere que lo acompañe.

-No, puedo solo.

-Soy buen acompañante de personas que van al baño. Entre mil novecientos ochenta y tantos y mil novecientos noventa y tantos, trabajé en eso.

-Cuénteme.

-Era en un restaurante de la calle Córdoba.

-¿Calle Córdoba?

-Sí. Usted habrá notado que hay personas que van solas a los restaurantes.

-Lo he notado y me entristece.

-Si quiere que le cuente no haga ese tipo de acotaciones, que no tienen relación con el tema principal.

-Siga.

-¡Y no me dé órdenes! Soy un adulto, casi un anciano.

-Un pobre hombre.

-Un pobre hombre si quiere, pero un hombre al fin.

-Pobre.

-Sí un poco pobre, pero decente.

-No me haga reír.

-Usted habrá notado que hay personas que van solas a los restaurantes.

-Lo he notado ¿y?

-Y también hay personas que van acompañadas.

-También lo he notado ¿y?

-Sí, y eso lo divierte. Suspendan todo, bajen las cortinas, cávense todos su propia fosa, beban alquitrán, ahórquense con sus corbatas, entiérrense en macetas.

-No se vaya por las ramas.

-¿Qué?

-Que no se desvíe.

-Usted me pone nervioso. A propósito. Ayer, hablando con otra persona me enteré de un aumento de impuestos.

-¿Otra vez?

-Sí, más aumentos.

-No, digo que otra vez nos estamos desviando.

-¿Y qué?

-Cómo ¿y qué?

-¿Cuál es problema?

-Cómo “¿cuál es el problema?”

-Sí, cuál es el problema que hoy nos convoca.

-La seriedad. El buen gusto versus la pasión y la entrega. La voluntad para que las cosas sucedan o la esperanza de que sucedan porque sí. El temor de estar completamente equivocados. De haber pifiado, de no dar con el tono, extraviados entre los ruidos ser otro ruido que suena igual a los ruidos conocidos, y no saberlo por negligencia. Hay que hablar con uno mismo y decirse la verdad.

-¿Qué comió hoy?

-Milanesas.

-No se nota. La última vez que habló así, había comido costeletas con puré.

-Las milanesas no tienen nada que ver.

-No estoy de acuerdo.

-¿Usted también sabe disentir?

-Sí, he practicado. He puesto mucho énfasis en disentir.

-¿Y con qué cosas no está de acuerdo?

-Con eso de hablarse a sí mismo.

-¿Le parece?

-¿Va a seguir haciendo preguntas como un ignorante?

-¿Por qué no puedo hacerlo?

-Porque aburre. Páseme el diario, no quiero saber más nada de usted. Puede guardarse sus promesas.

-Sé donde está la falla.

-Dígalo antes de que tome el diario.

-¿Recuerda aquel hombre del que hablamos una vez, aquel que para dar un paso caminaba en redondo, haciendo que el diámetro de la redondez midiera lo mismo que un paso de cualquiera?

-Sí, lo recuerdo como si fuera hoy. Pero no lo nombraré.

-No es muy fácil nombrarlo. Ese hombre hacía funcionar las cosas en un marco de referencias.

-Páseme el diario y hágame un favor: no se vista con ropa ajena, a nadie le queda bien hacerlo.

-Pero.

-El diario, le dije.

-Íbamos tan bien.

-Íbamos tan mal.

-Íbamos al cine.

-Y al teatro.

-A la radio.

-A los bares. Todo el mundo nos amaba.

-¿Y ahora?

-Ahora también, pero estamos detrás de muchas cosas y nadie nos distingue. ¿No nos habrá hecho mal la mezcla?

-Qué mezcla.

-Nadie sabe exactamente qué hacemos. O mejor. También nosotros nos hemos mezclado.

-Y eso nos hizo bien.

-Y mal.

-Bien y mal.

-Mal y bien.

-Vaya uno a ponerse de acuerdo.

-A propósito, cómo era eso de acompañante de baño.

-¿Es usted el que vino hoy u otra persona?

-¿A qué viene la pregunta?

-¿A qué viene la pregunta?

-Y así hasta el infinito.

-Muévase, que quiero recostarme.

-Acomódese mientras yo me desperezo.

-Vino con sueño.

-Vine como pude.

-Nadie lo llamó.

-¿Qué le parece el cielo que nos toca hoy?

-Le falta humildad.

-¿Humildad?

-Es un cielo que cree tenerlo todo. Distinto era el cielo antes.

-Otra vez hacia atrás.

-Antes el cielo era un lugar confortable, garantizado, previsible.

-Un cielo aburrido.

-Usted no hable.

-¿Puedo sacarme el pullover?

-Puede, pero no hable, tengo que decir algo más sobre el cielo.

-Déjelo ahí. Tanto usted como yo nos moriremos y el cielo estará en el mismo lugar. Y habrá más idiotas preguntándose acerca del cielo.

-Usted también quiere tener un cielo, pero también quiere hacerme creer que no le importa. Por qué eso debe entristecerme. Como si a cada minuto no hubiera alguien engañándome. Cumpliré sesenta y cinco años y sigo siendo un ingenuo. Y lo peor, aún duermo con mi gato.

-Y su gato qué dice.

-Nada. Está muerto. Ningún gato vive cincuenta y cinco años. Debería estar más atento.

-Es verdad y también es verdad que no hemos desayunado y que aún nos queda mucha tela para cortar.

-Y si desayunamos primero.

-Y si primero desayunamos.

-Y y y y y y y y y y .

-Si si si si si si si si .

-Primero primero primero .

-Desayunamos desayunamos .

-Qué le pareció.

-Qué cosa.

-El jueguito: y y y y sisisisi.

-Divertidísimo. Pero lo olvidaré pronto.

-¿Podremos ser francos alguna vez?

-¿Podremos ser francos alguna vez?

-Lo dudo.

-Yo también.

-Por ejemplo, qué trae usted en ese paquete.

-Lo necesario para el almuerzo.

-A qué se refiere.

-A un almuerzo cualquiera. Una lata de atún, un repollo, un frasco de mayonesa, mandarinas, esta caja, que creo es vino.

-Guarde eso, no hacía falta una demostración.

-Pan.

-Por favor, nos están mirando, no abundan los alimentos. Se trataba simplemente de responder.

-Una rodaja de queso.

-Me da un poco.

-De qué.

-De queso.

-No puedo.

-Vamos.

-Le dije que no puedo.

-Un poquito nada más.

-Está prohibido.

-¿Prohibido?

-Quieren pan, no les dan, quieren queso, les dan un hueso.

-Qué estupidez es esa.

-Ninguna estupidez. Es un fundamento. La piedra basal. ¿Nunca fue niño?

-Solo una vez y no quiero acordarme.

-Por eso estamos así.

-¿Otra vez?

-Todo es una maldita confusión que hace doler la cabeza. Los extraños vienen a nosotros pidiendo una explicación. Todos piden, nadie da.

-Yo le pedí un poco de queso, nada más.

-¿Y le parece poco?

-Sí, es un poco de queso, nada más.

-Así valora usted los objetos.

-Es un pedazo de queso.

-Un pedazo de queso, es un pedazo de vida, debería usted saberlo.

-¿Me da o no me da?

-Le contaré una historia.

-Primer deme el queso.

-Es la historia de un hombre muy generoso que vivía en una montaña.

-Ya me la sé. Un poquito nada más.

-En su casa, tenía animales: una cabra, un gato, gallinas, una huerta donde sembraba hortalizas y un perro, un perro muy gracioso.

-Y no tenía mujer.

-No. Tenía también un caballo, con el que hacía las compras de vez en cuando, porque vivía lejos del pueblo.

-¿Y con quién era generoso si vivía lejos de la gente?

-Con nadie, ese era su problema. Él era generoso, pero solo podía ser generoso con su medio, sus gallinas, su perro, su gato, sus plantas. Un día se murió y nadie supo que había sido generoso.

-Hay algún parecido entre ese hombre y usted.

-No, yo soy flor de egoísta. Y lo peor, todos lo saben. Pero tengo una posibilidad.

-Sí, morirse.

-Exacto.

-Vamos, afloje con el queso y seguimos.

-No pienso hacer ese tipo de demostraciones ante la gente. Qué pasa si le doy un poco, todos me pedirán, me encasillarán, pasará a ser el dador de queso. Hay muchos niños aquí, niños con hambre, ¿entiende? Si llevo a sacar el queso, sentirán el olor.

-Pero si ya lo sacó. Y fui yo el que le advirtió que no hiciera ese tipo de demostraciones.

-Usted se refiere a este paquete.

-Sí, ahí debe estar el queso, puedo olerlo, debe estar muy bueno. Vamos, deme un poco, qué le cuesta.

-¿Por qué no se va a comer a su casa?

-Porque no tengo casa.

-Otra vez se quedó sin casa.

-Nunca tuve casa.

-Eso es interesante, hábleme de cómo se vive sin casa.

-Deme un pedacito, nada más, y luego le hablo de lo que quiera.

-Nunca progresaremos.

-No se desanime. Desenvuelva el paquete, y con la mano, así como se corta el pan, corte un pedacito de queso. Yo después le hablo todo el tiempo de la maravillosa experiencia de vivir sin casa.

-¿Maravillosa experiencia?

-Soy solo un hombre deseoso de comer un pedazo de queso. ¿Es justa la vida conmigo?

-Sí. La vida da a cada cual lo que se merece. ¡Oiga!, no se vaya. ¡Oiga! Era solo una broma. Aquí tiene, se lo doy todo si quiere. Por favor, no sea tan susceptible, vuelva. Yo no soy más que un hombre temeroso de repetir viejos errores. Soy de los que no superan las situaciones, sino que las dejan atrás. Nunca aprendo, me escucha, nunca aprendo.

-Tranquilícese.

-Menos mal que volvió.

-Bájese del banco, ya volví.

-No hay caso, usted no tiene un mínimo de dignidad.

-Está bien.

-No, lo correcto hubiera sido irse.

-Y sí, me fui.

-Pero volvió.

-Pero me fui.

-Es como si no se hubiera ido nunca.

-Sin embargo, me fui. Fui hasta el baño.

-Y cómo estaban las cosas por allá.

-Tranquilas.

-Mucha gente.

-Pocos mingitorios.

-Qué quiere hacer.

-Orinar.

-¿Y ya no tiene hambre?

-Trato de ordenar mis deseos.

-Es usted un hombre ordenado.

-Gracias.

-Es usted un hombre muy ordenado.

-Gracias.

-Es usted el hombre más ordenado que conocí en mi vida.

-Mil gracias.

-Y además es agradecido.

-Gracias.

-Demasiado agradecido. Tan agradecido que da no sé qué darle algo.

-Sí, eso dicen en mi casa.

-¿No era que no tenía casa?

-No tengo casa propia, alquilo.

-Si es por eso, todos alquilamos. Alguna vez en nuestra vida hemos alquilado. Hasta le diría que alquilar es una necesidad del alma, así como rezar es una necesidad del cuerpo.

-¿Y ahora?

-¿Ahora qué?

-Qué es eso.

-Qué cosa.

- El alma, el cuerpo. Hágame el favor, no empecemos.
- Déjeme en paz.
- El alma, el cuerpo. No me haga reír.
- Vaya a orinar.
- La mente, las necesidades del cuerpo. Qué fue eso.
- No tengo nada convenido con usted.
- Ni con nadie, que yo sepa.
- Rezar.
- Y no se ría.
- Alquilar el cuerpo. Rezar con el alma.
- Es suficiente.
- Ojalá oscurezca pronto.
- Déjeme ser.
- Y sigue.
- Déjeme fluir.
- Y dale nomás.
- Ser uno con y en el universo.
- Me va a matar de risa.
- Aproximarme a lo conocido, para seguir viviendo en lo desconocido.
- Y yo que lo creía un hombre serio.

-Córrase, por favor, así no vamos a llegar a ninguna parte. Si los hombres nos seguimos recostando en el primer lugar que encontramos, esto no va a ser más que un prolongado descanso.

-Yo no hice nada.

-Encima se defiende. Lo vi merodear antes por los negocios de la cuadra y mirar a las chicas que atienden.

-Rutina.

-Más que rutina, parece obsesión.

-No vi a ninguna chica.

-Yo estaba observándolo. Es casi vergonzoso, es usted un hombre grande. Esas chicas, criaturas. Vamos.

-Oiga.

-Oiga nada. Me apena, me apena por la raza humana.

-Su hermana.

-Deje en paz a mi hermana.

-¿Está usted deprimido?

-Y qué le parece, con tantas escenas.

-No son para deprimirse. Son para gozar. Todo está hecho para gozar.

-Es usted un mentecato.

-Es usted un imbécil.

-Encima se ofende.

-Trato de escucharlo y parece mentira.

-Siga.

-Es tan anciano como yo, sin embargo quiere negarlo.

-¿Es verdad esto?

-Claro que es verdad. Intento todos los días moralizarlo, pero me cuesta.

-Si quiere celeste, que le cueste.

-Nadie me ha encomendado la tarea, sin embargo, así como las chicas de los comercios se han vuelto una obsesión para usted, su conducta se ha vuelto una obsesión para mí.

-Dedíquese a otra cosa. Mire esa paloma por ejemplo, ella es feliz. Y no parece una paloma joven. Debe tener sus años.

-Desaparezca usted por un tiempo, dedíquese a mirar la vida de otra manera, entienda de una vez que está viejo, es una buena terapia.

-¿Tengo que seguir escuchándolo?

-Como un autómatas. Viva como un autómatas. Haga lo que tiene que hacer, siga alguna vez la línea recta de la vida y viaje con la imaginación. La imaginación nunca ha dañado a nadie. Los hechos sí. Los hechos han causado muchos males.

-Quiero mi oportunidad.

-Su oportunidad está perdida.

-¿Qué es esto?

-Otra manera. Otra manera de ver las cosas. Coherentemente.

-Quiere terminarla y volver a ser el de siempre.

-He cambiado. Al principio, nadie entendía mis nuevas propuestas, pero pronto todos fueron dándose cuenta de que yo tenía razón.

-Cuénteme de su familia.

-Por qué se escabulle cuando comienzo a decir mi gran verdad.

-Se acuerda del día que hablamos de la locura.

-Yo no estaba.

-Cómo que no estaba.

-No estaba con ganas de hablar. Ni sé lo que dije.

-Está bien.

-Cómo que está bien.

-Está bien. No le recordaré lo que dijo. A eso le llaman vergüenza ajena. Y por qué me avergonzaré por usted.

-Por favor, dígame qué dije.

-Siga con eso de la moral o con lo otro de que yo merodeo los negocios.

-Su juego me hace reír.

-A mí, no.

-¿Y ya se puso serio?

-Por supuesto. ¿O este rostro no inspira solvencia? Trate de mirarme a los ojos y verá como enseguida baja la vista porque no soporta mi integridad.

-Me voy.

-¿Y no era usted el que traía la verdad?

-Traigo una verdad como se lleva una red para hacer compras.

-Trate de mirarme a los ojos.

-No sea vanidoso.

-Inténtelo al menos.

-Es un desafío infantil. Me aburre.

-Lo comprendo, todos escapamos ante la presión. Alguna vez me han puesto ante la misma prueba y mi reacción no fue muy diferente a la suya. Pero, ¿sabe qué?

-Qué.

-Me arrepentí.

-Qué absurdo.

-Vagué por las calles diciéndome: no fui capaz, no fui capaz, golpeándome la pierna derecha con el puño cerrado. Más tarde, o más temprano, fui reconociendo que esa actitud me dignificaba. Ahora, cada vez que huyo de la integridad de algo o de alguien sé muy bien cómo curarme. Pero a veces me duele un poco la pierna.

-Por qué mejor no me da un consejo.

-Se lo daré, y quiero que lo tome como debe tomarse cualquier consejo.

-No entiendo.

-¿Usted ha vivido?

-Varios años.

-Y qué hizo con los consejos que le fueron dando.

-Algunos los tomé y otros hice de cuenta que no los escuchaba. Y acabé haciendo aquello que creía que no escuchaba.

-Allá usted.

-Y allá usted.

-Y más allá usted con sus porquerías.

-Y más allá usted con sus preguntas y sus consejos.

-Abráceme.

-No quiero.

-Es usted mi hermano.

-Y usted mi primo.

-Siento que entre nosotros hay un puente y por debajo corre el río de la fraternidad.

-Qué bárbaro, y yo que llegué a pensar que era un hombre serio. A pesar de mis años, sigo siendo un ingenuo. Un ingenuo rosa, como deben ser todos los ingenuos.

-Usted no es ningún ingenuo, sino un hombre al que hace tiempo nadie le rasca la espalda.

-Soy un hombre libre, nada más.

-Pero imagino su espalda, cargada de años y de granos.

-Un hombre puede ser libre a pesar de eso, y si la espalda es el problema, puede rascarse en los frentes de granito de las casas.

-Es una comparación tan tonta, que da no sé qué hablar de ella.

-De quién.

-De la comparación.

-Por favor, no nos vayamos del asunto principal.

-De la presentación. A propósito, no nos hemos presentado.

-Yo no me llamo como usted. ¿Y usted?

-Es probable que ni siquiera yo me llame como creo que me llamo.

-Vaya estupidez.

-Vaya usted, si quiere.

- Sabe qué pasa, yo tengo un cerebro muy fuerte.
- ¿Un cerebro muy fuerte? He oído hablar de corazones fuertes, de brazos fuertes, de piernas fuertes, de mandíbulas y hasta de estómagos fuertes, pero de cerebros, oiga.
- Mis dos hemisferios han soportado muchas presiones y varios pensamientos.
- Todo el mundo tiene pensamientos.
- Los míos son tenaces, en lugar de entrelazarlos, los acumulo.
- Déjese de pavadas.
- Pero mi cerebro resiste.
- Hablemos de otra cosa.
- ¿Es una orden?
- Claro que sí, esto de hablar con usted es demasiado lento, hasta ceremonioso le diría.
- Ceremonioso, qué linda palabra.
- ¿Y eso?
- Una observación.
- Muy suya, muy tonta.
- ¿Cree que alguien que dice tonterías es tonto?
- No, en todos los casos.
- ¿Y en algunos?
- En algunos sí. Hay tontos que solo dicen tonterías.
- Quiero decirle que la suya es una observación muy aguda y debería constar en algún registro.
- El Libro de las Observaciones Agudas.
- Algo así.
- Y después.
- Después de qué.
- Una vez que aparezca ese libro.
- Nada. Somos todos felices. Leemos y Pensamos. Leemos y pensamos. Leemos y pensamos.
- Y no hacemos otra cosa.
- Qué le parece.
- No sé, déjeme pensarlo, deme un poco de tiempo.
- Tiene cinco minutos.
- Es muy poco.
- Diez.
- Quiero más.
- Un día.
- ¿Un día?
- Y le parece poco. Mañana me contesta.
- “Mañana es la mentira piadosa con la que se engañan las voluntades moribundas.”

-Puede responderme en cuotas.

-No entiendo.

-Cada hora, hace una apreciación acerca de El Libro de las Observaciones Agudas. Le puedo dar cinco horas.

-No sería otra cosa que hacer observaciones sobre las observaciones.

-Exacto, con la ventaja de que son observaciones parciales. Dentro de una hora me dice un quinto de lo que le parece, a las dos horas, dos quintos. Eso evita un compromiso total en un momento y la da la oportunidad entre cada media hora, por ejemplo, de hacer otras observaciones. Además, quién le dice que con la primera cuota usted no haya llegado al saldo.

-Déjeme hablar a mí.

-No va a encontrar gente generosa como yo. Soy un hombre generoso y lo seré en el futuro.

-Cuánto llevamos.

-Momentito.

-¿Un momentito?

-No, primero tiene que decirme si está de acuerdo.

-Con qué.

-Con todo, debe acordar todo.

-Pero cuál es el problema.

-Qué problema.

-Dígalo otra vez.

-Qué problema.

-Y lo dijo muy bien.

-Estuve ensayando.

-Se nota. Se nota. Le salió bárbaro. Déjeme decirlo a mí.

-¿Ensayó?

-No, pero déjeme intentarlo.

-Es usted un improvisado.

-Y usted un etrusco.

-Y usted un pedazo de pan con manteca.

-Y usted un caracol de madera.

-Y usted un zócalo de cemento.

-Y usted una caramañola.

-Y usted un casino.

-Y usted un, un, un flan de caramelo.

-Y usted una bola de sebo.

-Y usted un.

-Ya está.

-Por qué siempre pierdo.

- No se concentra.
- ¿Será por eso?
- Y por qué sino.
- No sé, me esmero.
- No es suficiente.
- ¿Cree que me falta experiencia?
- Puede ser, pero noto también una insuficiencia de tacto.
- De tacto.
- Roce. Le falta roce.
- Qué debo hacer.
- No soy quién para ayudarlo.
- Y quién era el generoso.
- Yo también me lo pregunto. Me lo pregunto a la mañana. Busco y rebusco y me digo que lo sé, y para el mediodía estoy convencido.
- Caminemos.
- Sabe que no puedo caminar.
- Hace bien caminar.
- Hay tantas cosas que hacen bien.
- Es verdad, respirar, por ejemplo.
- Comer.
- Hablar.
- Cantar.
- Calar.
- Matar.
- Sanar.
- Balar.
- Sacar.
- Tomar.
- Soñar.
- Cansar.
- Mirar.
- Eso sí que es bueno.
- Buenísimo. Más bueno que el pan.
- Mejor que una semilla.
- Mejor que lavarse los pies.
- Mejor que peinarse el bigote.
- Mejor que mejor.

-Mucho mejor.

-Muchísimo.

-Hábleme de usted.

-Hoy no quiero saber nada de nada.

-Vamos.

-Lo digo de corazón. Esta mañana antes de peinarme hice un voto de ignorancia, y lo estoy cumpliendo.

-Sin embargo demostró que sabía hablar.

-Mi voto prometía no saber nada más que lo que había aprendido hasta ayer.

-¿Y?

-Y fue difícil porque casi aprendo algo.

-Es usted un hombre muy misterioso.

-Y muy tolerante.

-Si lo dice por mí, me importa un pepino.

-Ya lo sé.

-No sea tan aburrido, cuénteme una historia, una historia verdadera.

-¿Quiere que le diga algo?

-Algo célebre, algo que yo no olvide.

-Déjeme pensar.

-Cómo puede ser.

-Qué cosa.

-Que tenga que pensar para contar una historia.

-Tengo que pensar el modo de contarla.

-Se trata de contarla nada más.

-Tengo que contarla de una manera que a usted le interese.

-¿Nunca escuchó esa frase que dice “no contó más el cuento”?

-Sí, la he escuchado y me parece una frase muy interesante. Es más, le puedo dar una interpretación.

-¡¿Una interpretación?!

-Una interpretación verdadera.

-Válgame Dios.

-Qué dijo.

-Válgame Dios.

-Había entendido otra cosa.

-Usted entiende cualquier cosa.

-Había entendido sáqueme dos, y pensé: este hombre quiere que yo le dé dos interpretaciones, es demasiado.

-Yo dije eso: Sáqueme dos.

- Dos qué.
- No sé, dos, trate de cumplir alguna vez, no es tanto lo que le pido.
- ¿Podemos volver atrás?
- Siempre lo hacemos, pero volvamos si quiere.
- Habíamos quedado en que usted era una mujer y yo un perro.
- Sí, pero no dijimos qué clase de perro.
- Un perro faldero y lamedor.
- Y yo qué era.
- Una mujer, una mujer hermosa.
- No quiere ser usted un perro hermoso y yo una mujer faldera y lamedora.
- No, yo quiero ser perro, no me importa qué clase de perro.
- Es usted poco ambicioso.
- Poco animado diría, poco animado.
- Apocado.
- Sí, así soy yo, un perro apocado.
- Y yo, una mujer hermosa.
- Y apocada.
- Sí, sí, apocada, eso me entusiasma.
- Con eso tenemos todo resuelto.
- Por supuesto, ni siquiera tendríamos que seguir hablando.
- En eso no estoy de acuerdo, y le daré los motivos.

-Escucho. Vamos. Alguna vez tendrá que explicar. No haga muecas, nos están mirando. No me hago responsable. Le dejo todo ¿eh? Hasta el diario, le dejo el diario. Esto se complica. Se complica seriamente. Vienen. Vienen. Termínela. Termínela. Nunca creí que podríamos llegar a esto. Me arrepiento de corazón. Todo lo que dije es verdad. Incluso las mentiras, las mentiras también son verdaderas. Son auténticas mentiras, creíbles, es cierto, pero mentiras al fin. Reaccione por favor, nos siguen mirando. Guarde eso. Guarde. Oiga, me asusta.

-Cuénteme otra vez de aquel hombre que fumaba en la oscuridad de su habitación a las tres de la mañana. Como es que ustedes entraban a esa pensión. Cómo es que tenían libre acceso. De cuántos años me habla.

- De cuarenta o cincuenta.
- Y qué decía él cuando ustedes llegaban.
- Se reía.
- ¿Se reía?

-Como si nos estuviera esperando. Después, encendía la luz y preparaba mate. Nosotros íbamos para hacer un alto en nuestros estudios.

- ¿Usted estudió?
- Sí, soy profesor de biología.
- Pero no era que trabajaba en un banco.

- ¿Puede un profesor de biología trabajar en un banco?
- Claro que puede.
- Entonces.
- Pero también dedicarse a eso para lo que ha estudiado.
- No fue mi caso, ni el de muchos.
- Sigamos hablando del hombre sentado.
- Cuál.
- El de la habitación. El que en la oscuridad solo mostraba la brasa de su cigarrillo.
- Tengo otro hombre sentado.
- Hábleme entonces de él.
- En un cuadro. Un hombre sentado y el mundo girando a su alrededor.
- Hábleme del mundo.
- El mundo eran unas líneas que lo circundaban.
- Hábleme de esas líneas.
- Eran líneas de grafito.
- Hábleme del grafito.
- Hágase el gracioso.
- Si quiere.
- Usted parece un hombre gracioso, pero no lo es.
- Me divierto y trato de divertir a la gente. Pero déjeme que le cuente de un tercer hombre sentado.
- Eso sí que es bueno.
- El tercer hombre es usted.
- Y qué puede contar de mí.
- Muchas cosas.
- Qué sabe usted de mí, no sabe más que lo que lo he contado.
- Y es suficiente.
- Pude haberle mentido.
- Qué importa. Por ejemplo, puedo decir: era un hombre que se sentaba todas las mañanas aquí mismo y contaba mentiras. Un día llegó a decirme que se había ido de safari al África.
- Yo nunca conté eso. Pero es verdad.
- No me haga reír.
- Digo la verdad. Además, ¿cómo sabe usted que soy un hombre?
- Su aspecto. Su voz. Tiene manías de hombre.
- Manías de hombre.
- Cierta modo de gesticular.
- Pero puedo estar disfrazado.
- Y eso que tiene que ver.

- Parezco un hombre.
- Absoluta-mente.
- Le diré la verdad. Soy un oso.
- Un oso sentado.
- No, usted es el sentado. Esta es mi posición natural.
- Déjeme pensar algo.
- Tiene permiso.
- Vio que empiezan a venir las flores.
- Sí, lo he notado, sin hacerme muchas ilusiones.
- Trajo usted la palabra ilusión, debo ponerme de pie.
- Hablemos, no hagamos espectáculos.
- Las flores se abren.
- Y eso qué tiene que ver.
- Usted sabe, la primavera y esas cosas.
- Qué cosas.
- Lo que usted quiera.
- Por ejemplo, que me gustan las rosas rojas.
- ¿A usted también?, son mis favoritas.
- Hablemos de otra cosa.
- Ya no hay de qué hablar, todo está dicho.
- No sea pesimista.
- No soy pesimista.

-Lo que estoy diciendo nadie lo ha dicho, nadie lo ha dicho como yo, como mi voz, bajo este sol, en esta plaza, soy el único, este momento es único e irrepetible, yo soy único e irrepetible y esta es una posición sumamente optimista y por favor no me la copie.

-Córrase que debo bostezar.

-Usted pierde oportunidad tras oportunidad, corre como un vago al tren para subirse, pero ese tren va demasiado rápido para una cabeza tan vieja y cansada. Siempre perderá el tren y siempre creará que es culpa del tren mismo.

-De qué tren me habla.

-Del tren de la vida. Conozco a más de una persona que me ha hablado del tren de la vida. Un tren sin estaciones fijas que a veces pasa a nuestro lado sin que lo notemos y que tiene como destino a la muerte.

-Lindo tren.

-Pero hay formas de morir. No es lo mismo morir en tren que morir a pie. En tren uno muere acompañado, porque se supone que entre mucha gente se arma el viaje. En cambio el caminante, viaja solo y llega solo y hasta se pregunta cuando llegó si ese era el lugar indicado. Es usted un caminante, siempre lo ha sido y peor aún es un caminante cansino.

-Déjeme de joder, Cansino.

- No me haga sentir como si yo fuera su conciencia.
- Y cómo quiere que lo haga sentir después de las cosas que dijo.
- ¿No fue eso serio, pensado, concienzudo y metafórico? ¿No sonó como una verdad?
- No, sonó como un detalle, como cierta demostración, ganas de molestar nada más.
- Estamos perdidos.
- Eso está mejor.
- Somos silencio acompañado.
- Ya nos empezamos a desviar.
- Como los árboles que nacen torcidos.
- Peor.
- Como el antojadizo cauce de un río.
- Mucho peor.
- Como.
- Increíblemente estúpido.
- No sea negativo, las cosas pueden cambiar. Míreme a mí sino, acaso ayer tenía puesta esta camisa.
- No.
- Se da cuenta, todo cambia.
- ¿Cambió usted?
- Yo también. Ayer, además de tener una camisa azul, era un diletante.
- Y ahora.
- Soy un señor.
- Siéntese por favor, no haga demostraciones. Conozco a muchos señores diletantes.
- Yo soy diferente. Míreme, le estoy hablando. Por favor, gire su cabeza, es de muy mala educación mirar hacia otro lado. Por lo menos dígame qué mira.
- El futuro.
- Déjeme caer de espaldas.
- Ese hombre vestido de militar es el futuro.
- Déjeme arrastrarme por el piso.
- Aquel hombre que vende loterías es el pasado.
- Y usted es el presente.
- Aquella mujer con su hijo es la verdad.
- Y yo soy Stan Laurel.
- Aquel perro que salta buscando la pelota es la vida.
- Y ese árbol verde es un árbol verde.
- Sí, ese árbol verde sólo es un árbol verde.
- Vio que yo también puedo ver más allá.
- Es cierto.

- Y no me va a mirar.
- No, déjeme, hay cosas más importantes.
- Pierde la distancia.
- No, no pierdo nada.
- No entendió. Usted mira allá lejos cuando a su lado están ocurriendo muchas cosas.
- Evite ser tan pesado.
- Tengo ganas de escupir.
- No está permitido, hará que nos echen de nuevo.
- No pueden echarnos, este lugar nos pertenece.
- ¿quiere ∞¥««æ£½Îã?
- No, mejor ffÁÛô£§ôlÁ.
- Usted me cansa.

**Parte II: Nudo**

- Esperaba que volviera.
- Por qué, ¿pasó algo?
- De todo.
- Quiere decir que no pasó nada.
- Vamos al hecho. Venían dos señoras caminando. Dos señoras mayores, ¿entiende?
- Entiendo.
- Caminaban lentamente.
- No quiero violencia.
- Tranquilo.
- Estoy tranquilo.
- Pero qué le pasa a este banco.
- No me diga que.
- Sí, como diría alguno "coartado en su fin".
- Póngalo en grande: COARTADO EN SU FIN.
- Otra vez el clavo.
- Otra vez el clavo.
- Es una demostración de abundancia.
- Un cuerno.
- Cuánto hace que no hablamos de abundancia.
- Desde que apareció LA NECESIDAD.
- Siempre hubo abundancia.
- También hubo necesidad.
- La abundancia es hermana de la necesidad.
- Digna moral la suya.
- ¿Usted lo dice por alguna razón? Sea sincero.
- Harto ya de estar harto ya me cansé.
- Todas las mentiras que escuchamos, o las mentiras que nos inventamos lograron tapar eso que éramos: las dos mujeres caminando, el clavo que sobresale del banco, el enamoramiento y la hipnosis.
- El punto fijo y el puerto muerto.
- El punto muerto, querrá decir.
- A propósito. ¿Usted no me debe algo?
- Si se refiere a la radio a transistores que me prestó hace unos días, puedo asegurarle que se la devolví. Y se la devolví con voluntad. Tenía muchas ganas de hacerlo. Puse mi corazón.
- ¿Y cuándo me la devolvió?
- Es lo de menos.

-Sin simplificar.

-No es importante el momento en que le devolví la radio, sino la manera en que lo hice. Fue un acto limpio, espontáneo, vino de mis lugares más dignos, de mi recóndito paraíso, de lo mejor que tengo y ofrezco. Estoy tan orgulloso de esa devolución que me dieron ganas de volver a pedirle la radio solo para devolvérsela otra vez, con esa precisión, con ese sentido.

-Muy cumplidor.

-Y prometedor. Un hombre con fe en sí mismo, capaz de comprometerse.

-Puedo prestarle otra cosa.

-Por supuesto.

-Cien pesos, tome.

-Claro, hombre. Pero debo advertirle algo, no soy de devolver dinero, me gusta recibir dinero, pero no devolverlo. Siempre trato de tener más.

-Ah, no, así no.

-Lo siento, estos cien pesos son los que me dan confianza en mí mismo. Puedo andar horas con cien pesos en el bolsillo y ser feliz olvidándome de todo.

-Linda manera de ser feliz.

-Linda manera, ¿usted dijo eso?

-Sí, de ser feliz. En esa línea puede perder todo.

-Tómese algo, yo pago.

-Con mi dinero.

-Valore mi gesto.

-Y usted valore mi dinero.

-¿Lo malgasto invitándolo?

-En estos casos lo razonable es que invite yo.

-Usted, usted, tan alejado del mundo y tan razonable. Un vaso de vino blanco para mí.

-Una cerveza sin alcohol por favor.

-Y unos maníes.

-¿Tiene aceitunas negras?

-Un platito de queso, cualquier queso, puede ser para rallar.

-Papas fritas de copetín.

-Por fin vamos a comer.

-Es verdad, hace de anoche que no pruebo bocado.

-Volvamos a lo nuestro.

-Eran dos hombres en un barco. Dos hombres mayores, una pareja, ¿entiende?

-¿Y?

-Muy simpáticos, todo lo tomaban a broma. Empezamos una conversación, ellos la comenzaron, hicieron una referencia a mi camisa. Yo llevaba una camisa hawaiana. Me preguntaron si no me hacía mal a la vista tanto color. Ellos estaban vestidos como cazadores. Como esos cazadores que se ven en las

películas, los dos iguales, como si fueran hermanos mellizos, incluso eran parecidos, tal vez no eran una pareja, quizá eran hermanos y venían del África y estaban cansados de cazar, por eso no llevaban armas.

-Me duele el estómago.

-Es posible, todo lo que se puede comer cae mal. Ya llegará un tiempo en que el hombre no necesite comer.

-Se gastará menos.

-Su razonamiento es muy elevado. Yo pensaba solo en el hombre, en su bienestar y usted solo piensa en el dinero.

-Dinero, dinero. ¿Puedo irme ahora?

-Sí, por favor.

-Adiós, y que le vaya bien. Adiós.

-Esa sencillez suya, ese desapego.

-Todo un engaño que articulo para dormir de noche y vivir de día. Yo sé que de noche, soy otro y de día quiero parecerme a ese que fui y fracaso, fracaso con tanta elegancia que nadie lo percibe, siguen llamándome con el mismo nombre.

-Actuar es obligatorio.

-Termine de decir frases. Hable de una vez.

-Hablar es obligatorio, me ha pasado eso de negarme y el silencio era interpretado, no hay derecho.

-Quéjese donde debe.

-¿Quejarme?

-Entendí que se trataba de un reclamo.

-Entendió mal, como siempre, de lo que se trata es de una última causa o de un primer principio.

-Cierre ese libro por favor, me hace acordar a una maestra que tuve.

-¿Usted también se enamoró de su maestra?

-No tenía más remedio.

-Justificaciones de la impotencia, "no tenía más remedio", "y qué querías que hiciera", "era la única manera".

-Muy serio de su parte, muy adecuado al clima. ¿Le conté que quiero irme? ¿Le conté que me iré caminando lentamente, como si tuviera ochenta años y que unos ángeles en la esquina tocarán laúdes a mi paso porque tienen sus arpas en reparación? ¿Le conté que cuando llegue a mi casa me harán algunas preguntas y no sabré responderlas, y que hablaré del pájaro que me manchó la solapa, y nada más, y eso será todo como si todo lo que me hubiera ocurrido en la vida hubiera sido una cagada de pájaro? Cómo no le conté.

-No habrá tenido tiempo.

-O ganas.

-O ganas.

-Así es la vida.

-Sin duda. Pero debe haber una vida mejor, o mejorada, como cuando uno repara un mueble y siente cierto orgullo. O como cuando toma un remedio y siente el efecto.

-Causas, efectos. Así es la vida.

- A ver, déjeme decir esto: La vida está llena de frases que dicen cómo es la vida.
- Hemos jugado fuerte. Casi le diría que nos hemos comprometido con suficiente responsabilidad.
- Estamos afuera de todo esto. Hemos practicado la virtud con coraje.
- Somos dos corajudos.
- Sí, deme la mano.
- Muy bien, admiro su entereza y buen nombre. ¿Y cómo era que se llamaba usted?
- Cacho.
- Cacho, ¿no quiere ser mi amigo?
- Me gustaría pero no tengo cupo.
- Entiendo, entiendo y lo lamento profundamente. Tarareemos música entonces. Música melancólica, propia de la época y de la tarde.
- Pongámosle color a la tarde o, mejor, pongámosle pasión.
- Y verdad.
- Bien de adentro, con el corazón en la mano y el pene erecto.
- Sí señor, optimismo y vanidad, presencia de ánimo.
- Calor.
- Muy bien, muy bien, éste es el recodo de nuestra confluencia y la cima de nuestras capacidades y el valor de nuestra cama.
- Somos dos pindongueros, pindongueros de verdad. Hasta podemos desear muertes sin inmutarnos, como dos emperadores.

-Todo es tan sencillo que parece complicado.

-Quiero enterarme.

-De qué.

-De su pobre voluntad, del camino llano y sin salida que transita, de la opacidad de su pensamiento, ese día nublado que lleva en la cabeza, yo lo miro, y ya empiezo a entristecerme, es como si se me fuera cayendo la cabeza y no tuviera manos para recogerla, hasta me quita las ganas de hablar o el aire, usted me quita el aire, lo enrarece y sé muy bien que si permanezco mucho tiempo a su lado me asfixiaré, hasta me salen de la boca palabras difíciles como asfixia. Es usted tan natural en su manera de no ser y a la vez tan presente y concreto que me parece estar mirando el último piso de un alto edificio. Así de pequeño me siento, como si tocara la verdad y lo sintiera en las manos como combustible, así de frío y peligroso, así de mortal. Hace varios días que quería decírselo y ahora que se lo digo, es como si no hubiera dicho nada o será que no dije nada, haga de cuenta que no dije nada o, al menos, trate de hacerlo.

-Trato, trato.

-No interrumpa.

-No puedo interrumpir lo que no existió.

-Por eso, no interrumpa, no socave el silencio. Trate de interpretar mi silencio, le hará bien a su salud, deje las cosas como están y verá que nada está, quiero decir que nada está igual.

-Hago o no hago.

-Haga no haciendo, naturalmente, como una almeja.

-Vaya cosa. Vaya consejo. Vaya ciencia. Vaya aspirina. ¿Puedo aplaudir?

-Sí, pero sin ruido. Muy bien, muy bien, vamos bien, no, no se ría. Por favor, intente algo alguna vez, algo que no se note, sea como el suspiro que viene de lejos haciéndose realidad aquí cerca, como la paloma que baja a comer.

-Almeja o paloma.

-Almeja y paloma. Zorrino y avestruz. Tinta y papel. Canto y baile. Lápiz y goma. Corte y confección. Sea Todo haciéndose nada y no bostece de esa manera contagiosa, por Dios, me entra el sueño, me dan ganas de sacarme las medias.

-Ya sé lo que viene, lo sé todo. Viene un policía de azul y nos detiene.

-Y por qué habría de llevarnos.

-No, no entendió. Quise decir que nos detiene, nos frena en el hablar. Nos pide silencio y es muy razonable que lo haga.

-En ese caso, entréguese usted primero.

-¿Entregarme?

-Claro, entregue de sí eso que guarda con celo. Entréguese íntegramente, conságrese a la policía y será inocente y quizá santo. No ya porque se entrega a la policía, sino por el solo hecho de entregarse. La entrega santifica. Los santos con Dios, los hombres con la vida.

-Algo así como la basura al cesto.

-A veces, pareciera que usted toca la sabiduría con la planta del pie y me conmueve, diga alguna otra cosa como esa y déjeme que le tome una fotografía y la cuelgue en mi cuarto.

-Cómo me ve ahora.

-Para qué.

-Para la fotografía.

-Demasiado formal, despéñese un poco y sonría, es triste ver fotografías de gente seria, da la sensación de algo no resuelto, como si el fotografiado no hubiera asumido su realidad. En cambio, cuando se ven a los sonrientes, veraneando o en un aniversario, uno imagina que la vida es llevadera.

-Es que la vida es llevadera, pero a veces parece un bolso con las manijas descosidas o una pelota con abrojos. Pero, en general, ya sea en la cartera de la dama o en el bolsillo del caballero, se porta, ¿entiende?

-Pero a veces, y permítame que lo interrumpa, la vida es más grande que su recipiente y uno no tiene con qué ajustarla.

-Usted también parece sabio, yo también lo colgaría en mi pieza, pero del cuello, quedaría precioso.

-Es usted sincero.

-Trato, trato.

-Ve, ya estamos de acuerdo y eso hace que haya paz en la Tierra.

-Y en el Cielo.

-En el cielo las estrellas y en el centro de mi pecho una hormiga me camina.

-En el campo, las espinas.

-Dorsales.

-Dobladas, como sauces tranquilos a la hora de la siesta.

-Es usted un poeta perdido.

-Y usted un perdido.

-Gracias.

-¿Cuánto hemos adelantado sin saberlo?

-Todo lo que pudimos.

-¿Y pudimos?

-Claro que pudimos, venimos haciendo surcos sin mirar atrás.

-Y eso se llamaría egolatría.

-Más o menos.

-En el campo, digo.

-En el campo no sé, pero en la ciudad le pondrían tantos nombres que al final nadie sabría cómo se llama la cosa.

-Cuánto llevamos.

-Cuarenta y cinco minutos.

-Usted había prometido contarme la historia de dos hombres contratados para hablar.

-Casi lo olvido.

-Es que si es tan fácil romper un pacto escrito, mucho más fácil es romper un pacto tácito. De ahí su casi.

-Digamos, para ser explícitos, que se trata de una pintura sin marco, sin límites. Los hombres están sentados al aire libre.

-En una plaza.

-No sé.

-En un campo.

-No, ya dijimos que en el campo están las espinas.

-Espinass incurables.

-Espinass, espinass.

-Espinacass.

-Espinacass.

-Hay un contrato de por medio, cuando se rompe se celebra un nuevo contrato, las partes lo toman o lo dejan.

-Qué cosa.

-Al nuevo contrato.

-Hay tanta libertad que parece que no la hubiera.

-Cuando uno tiene mucho, tiene poco.

-Y cuando no tiene nada, no hay caso.

-He ahí el punto. Los hombres son como perros sueltos.

-Perro que ladra no muerde.

-Si ladran no muerden, no pueden hacer las dos cosas al mismo tiempo.

-A propósito, hábleme de los hombres.

-Los hombres son seres vivos de la especie de los.

-No, no, de los hombres contratados.

-Los hombres son seres vivos de la especie de los contratados. Todos los hombres son contratados y a la vez contratan, de manera que entre todos los hombres existe un contrato. Hay distintos tipos de contratos, tenemos contratos sociales, contratos civiles, contratos comerciales.

-Hábleme del contrato, de ese contrato de dos hombres para hablar.

-Hay hombres contratados para hablar, en general los hombres se comprometen, mediante este contrato, a convencer a otros hombres de que lo que ellos dicen es verdad, de esa manera, convenciéndolos dan cumplimiento al contrato. Los convencidos quedan a la vez contratados y se ocupan e difundir las verdades, tratando de dar cumplimiento y conseguir lo que los otros consiguieron que no es otra cosa que un poco de libertad, que es un bien bastante preciado, pero del que nadie conoce su verdadero valor.

-¿Y cómo son contratados los primeros hombres?

-No hay primeros hombres, todo el mundo es contratado y a la vez contrata. Todo se negocia, se acuerda. Desde luego que hay contratos más exitosos que otros, pero nada está afuera de las transacciones.

-Quiere decir que nacimos para morir.

-Ese es un contrato, dos personas acuerdan que otra nacerá y en las condiciones del nacido está implícita la muerte, conforme a la Ley de la Vida.

-Qué pasa cuando vendo algo que nadie compra.

-Nada.

-Cómo que nada, yo quiero celebrar un contrato y me falta la contraparte.

-Nadie habló de partes.

-Pero no hay contrato sin partes, ni transacciones sin partes.

-Esas son mentiras de los libros. Usted puede celebrar un pacto con usted mismo.

-Y comprarme yo mismo lo que quiero vender.

-Exacto.

-Para consumo privado.

-Exacto.

-Pero de esa manera no conseguiré libertad.

-Nadie sabe todavía qué es la libertad.

-Libertad, libertad, libertad.

-Libertad, igualdad y fraternidad.

-Yo veo mal o usted está más alto.

-¿Más alto?

-Ha crecido.

-¿Crecido? ¿A mi edad?

-Entonces son los zapatos

-¿Y si usted estuviera más bajo?

-¿A mi edad?

-Una vez me dijeron: Lo alto es alto en función de lo bajo

-Y usted le creyó.

-No se sienta mal, todos decrecemos alguna vez. Cuando yo tenía veinte años.

-¿Tuvo usted veinte años?

-Por supuesto.

-Yo también.

-No será que.

-Es posible.

-Hombre, siéntese, ahorre esta angustia.

-Cuando tenía veinte años pasaba el tranvía. Yo, yo mismo, lo esperaba con la cabeza levantada, con mucha confianza en mí mismo, ¿entiende?

-El asunto de lo alto y lo bajo, o lo del crecimiento o no, ya pasó. Ya fue ¿entiende?

-De todas formas usted merece esta historia. Yo era un hombre acomplejado y esos complejos no me permitían ordenar mi vida. Era como si no hubiera nacido. Creía o pensaba, no sé bien, que a mi vida le faltaba verdad. Como si la verdad fuera un machete redentor para cruzar la selva y que para obtenerlo era necesario verme a mí mismo tal cual era.

-Para obtener qué cosa.

-El machete.

-Qué machete.

-El machete redentor, de qué se ríe.

-Machete, suena a macho. Usted quería ser algo parecido a un macho. Machete, déjese de pavadas, vamos a tomarnos un vermut con ingredientes, mire el día que hace.

-El día que hacemos.

-Estoy cansado, me gustaría oírme.

-¿Es sordo?

-Me gustaría hablarme a mí.

-Hablarme a mí de mi mismo. Cuántas cosas.

-Tonterías.

-No le permito.

-Nada que ofrecer.

-La Tierra es de todos, solo hay que tomarla.

- UN HOMBRE QUEBRADO.
- UN HOMBRE RESENTIDO.
- Reseco.
- Seco de vientres.
- Desamorado.
- Ido lejos.
- Pequeño.
- De papel.
- Un hombre de papel manteca.
- Sin pene.
- De manteca y dulce de leche.
- Sin comida.
- Sin pan.
- Simpático.
- Divertido.
- Especulador.
- Descartado.
- ¡Epa! Qué palabrota. Descartado.
- Sin carta.
- Nadie le escribe.
- El Coronel no tiene quien le escriba.
- Qué Coronel.
- Déjeme explicarle. A ver si puedo esclarecerlo de una vez: El mundo es mío, entiende.
- Hábleme del Coronel. Un Coronel, se imagina.
- Déjeme eximirlo de comentarios.
- Me siento eximido, me siento una apócope de hombre. Pero un Coronel.
- Un Coronel, un Coronel.
- No se burle, no somos nada frente a un Coronel.
- Es verdad, también corremos ese riesgo.
- Aunque nadie le escriba, qué le puede importar.
- Y por qué no fue Coronel si le parecía tan importante.
- Mire, de chico yo quise ser mecánico o ingeniero, pero yo me equivoqué y aquí estoy de tintorero.
- Me hubiera gustado ser tintorero.
- A mí también.
- ¿Y no lo es?
- Formas del decir. A veces soy tintorero y otras, licorero. Pero todavía no le dije qué deseaba ser.
- Esas expectativas. ¡Atención! el señor dirá que desea ser. Por favor, estén todos atentos.

- Esta parte es muy importante para mí.
- Encima, sigue. Déjeme contener el aire.
- Cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete. Nada más que cuarenta y siete segundos.
- Fumo y no hago gimnasia, ni siquiera camino.
- Y cómo llegó hasta acá.
- Yo ya estaba, después vino usted.
- Pero antes, antes de que yo llegara.
- Antes de que usted llegara, se sentaron otras personas: una joven con vestido largo, un hombre de barba con un perro.
- ¿Con un perro?
- No exactamente, una perra.
- Perra.
- Una perra pequeña.
- Ya hay suficientes perros.
- El hombre la traía con una correa que desabrochó cuando se sentaron. La perra salió corriendo.
- Tenemos una historia. ¿Y?, ¿y?
- Fue a buscar a otros perros que estaban reunidos allá.
- ¿Y el hombre?
- El hombre la miraba. La seguía con la mirada y parecía que el mundo se le terminaba en el animal.
- Pobre hombre.
- ¿?
- Terminársele el mundo, con lo ancho y ajeno que es.
- Es una forma de decir.
- Todo es una forma de decir.
- Me aburro soberanamente.
- Imagínese a ese hombre.
- No tengo ganas. Además, para qué imaginarlo si lo vi, lo vi con mis propios ojos.
- Lo del mundo, digo.
- Nublándose por la tarde, con probabilidades de chaparrones.
- Imagínese.
- No puedo imaginar.
- Hubiéramos empezado por ahí.
- Y por dónde empezamos.
- Empezamos como pudimos, con bastante esperanza, pero a la esperanza hay que alimentarla.
- Como si fuera una vaca.
- Más o menos.
- Y darle pasto y agua.

- Más o menos.
- Para que ella nos de carne y leche.
- Sí, todo por amor.
- Es usted un hombre sucio y ruin.
- Gracias, pero dígame otra cosa.
- Dónde estábamos.
- Siempre estuvimos acá.
- Porque hoy no hablamos del miedo, casi digo medio.
- Usted debe referirse al miedo al medio.
- Más o menos.
- Miedo a que ocurra algo terrible, irreparable.
- Más o menos.
- Miedo general.
- Miedo general.
- Y por qué mejor no nos vamos a comer una pizza.
- O a ver tevé.
- Podemos hacer las dos cosas.
- Y no hacer lo que estamos haciendo.
- Podemos charlar, comer pizza y mirar Tevé.
- Todo es posible en la viña del señor.
- Mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar.
- Más vale pájaro en mano que cien volando.
- Al que madruga Dios lo ayuda.
- Más vale tarde que nunca.
- No hay dos sin tres.
- Vamos a comer pizza.
- Es fácil para usted terminar una conversación así, diciendo vamos comer algo. Por qué mejor, y disculpe la insistencia, no me cuenta una historia jamás contada.
- Estoy desconcentrado.
- Mucho trabajo.
- No, tengo hambre.
- No es tanto lo que le pido. Algún suceso, un acontecimiento. Puedo ayudarlo si quiere. A ver, cuénteme su vida.
- Y por dónde empiezo.
- Por la concepción, obviamente.
- Qué se yo.
- ¿Y la filogénesis?

-Por qué, ¿usted lo sabe?

-Yo no, pero si mis genes. Si mis genes hablaran...

-Entonces por qué no le pregunta a mis genes.

-¿Sus genes hablan?

-No sé.

-Entonces para qué me pide que les pregunte.

-Usted dijo que los genes sabían.

-Los míos sí saben, pero no hablan.

-Y usted, de qué está hecho.

-De caos.

-Todos estamos hechos de caos. Todos tenemos un infierno en la cabeza, que no se lleva bien con este corazón. Hay emociones que no pueden compartirse, como le explico que no me siento igual que usted.

-¿Entonces?

-Entonces qué.

-Vino el lobo y se la comió.

-Fíjese el lobo.

-Un comilón.

-Fue una bella historia.

-Gracias.

-Todavía no puedo creer verlo a usted en zapatillas. Siempre tan formal.

-Estoy desconectado.

-¿Desconectado?

-Fuera del mundo. Estoy haciendo un esfuerzo por mantener esto. En el fondo no es más que una angustia.

-Y que tienen que ver las zapatillas.

-Son parte de la religión.

-Qué hacía usted cuando era joven.

-Era un speaker.

-¿Y ahora?

-Soy un jubilado. Un jubilado-desconectado.

-Y se jubiló de speaker.

-No, me jubilé de la vida. Cierta día llegó a mi casa una carta, diciendo que me podía retirar.

-¿Y usted le hace caso a las cartas?

-Las cartas no mienten.

-Tampoco los horóscopos, pero trabajemos un poco más.

-Ya le dije, estoy jubilado.

-¿Usted o yo?

- ¿Usted o yo?
- ¿Usted o yo?
- ¿Usted o yo?
- Vaya laberinto.
- Vaya promesa incumplida.
- Vaya promesa hecha hacia sí mismo.
- Cuánto hemos aprendido en estos días.
- Qué poco hemos trabajado.
- Y con qué voluntad hemos trabajado poco.
- ¡Deje de mover las piernas!
- ¿Las piernas? ¡Oiga!, no se vaya, hay mucho por hacer, mucho por decir. A usted le estoy hablando. El de pelo cano, el que lleva el libro de Historia, venga por favor.
- Qué dijo que había que hacer.
- No, dije que hay mucho por hacer y mucho por decir.
- ¿Decir o hacer?
- Es lo mismo.
- Menos mal.
- ¿Tanto se enojó?
- Sí, y sigo enojado. ¿No se me nota?
- De cerca, no.
- Entonces no estoy enojado. O quizá estoy enojado conmigo mismo, ¿entiende?
- Quizá, quizá.
- No se ría.
- Es que yo no estoy enojado. Soy un hombre tranquilo, que tranquilo pasa la vida y ve también pasar la vida. La ve y la pasa, ¿qué tal?
- Lo envidia.
- Acaso usted.
- Sí, yo soy de esos que ni la ve ni la pasa.
- Entonces.
- Entonces nada. Vivo amargado, siempre con ganas de matar a alguien.
- Lo envidia.
- ¿Y por qué me envidia?
- Porque yo nunca tuve ganas de matar a nadie. Nunca tuve esa decisión.
- ¿Nunca odió?
- Sí, he odiado y he amado. Usted sabe, yo amo, tú amas, él ama.
- Entonces.
- Todo ha sido verbal.

- Verbo no encarnado.
- Uña encarnada. Mi vida ha sido una uña encarnada.
- Présteme su hombro, quiero llorar.
- Deje de pedirme cosas. Todavía no me devolvió el bolso verde que le presté hace un mes.
- Ya hace un mes.
- Claro que hace un mes. A propósito, ¿para qué me lo pidió?
- Quería comprobar hasta dónde llegaba su generosidad.
- Ya lo sabe, dura un mes.
- ¿Tengo que devolvérselo ahora?
- En este mismo acto.
- Pero no lo traje.
- Deme algo a cambio, al menos en garantía.
- ¿Le gusta este peine?
- No.
- ¿Este pañuelo?
- No.
- Esta fotografía en la que estamos todos.
- Menos yo. Yo no estoy.
- Quiere mis documentos.
- ¿Usted tiene documentos?
- Como todo el mundo.
- Yo sé de gente indocumentada, gente que no consta.
- A mí no me consta.
- Hay gente de la que no se sabe.
- Cómo que no se sabe.
- No existen para los registros. No tienen acta de nacimiento. En realidad quizá no existan.
- Yo sé de gente que no tiene acta de defunción.
- Olvídese.
- No puedo.
- Tiene que poder, hay que adaptarse. Todos somos hermanos, todos somos un solo cuerpo incorpóreo, una unidad cerrada en la diversidad.
- Y si le doy mis anteojos.
- Para qué.
- Para que vea lo que yo veo.
- ¿Y?
- Y no sé, es una ventaja.
- Una ventaja.

- Verá las cosas como yo las veo y seguirá viendo las cosas como usted las ve.
- Y dónde está la ventaja.
- Amplitud de criterios, nunca oyó hablar de la amplitud de criterios.
- Sí, una vez en la radio y no me convencieron. No nos vayamos del punto, el bolso o la vida.
- Qué memoria prodigiosa la suya, cómo hizo para acordarse que estábamos hablando del bolso verde.
- Es que nunca dejamos de hablar del bolso verde.
- Y las ópticas, la amplitud de criterios, los análisis desde distintos puntos de vista.
- Son parte del bolso verde.
- La vida es un bolso verde. Todo puede empezar y terminar con un bolso verde.
- Cuénteme de una vez la historia del bolso verde y vayámonos a ver vidrieras.
- Y la garantía.
- Qué garantía.
- La garantía por el préstamo.
- Qué préstamo.
- No me provoque.
- ¿Quiere pelear?
- Claro que quiero pelear.
- Póngase de pie entonces.
- Tenemos que pelear.
- En eso estamos.
- Muy bien, ya estoy de pie, y espero que usted haga lo mismo.
- Espere sentado.
- Párese que tengo que pegarle.
- Pégueme sentado.
- No me gusta pelear sentado, me quita movilidad.
- A propósito, ¿hace mucho que no pelea?
- Unos cuarenta años. ¿Y usted?
- Ayer me agarré a trompadas con el portero de un edificio.
- ¿Usted solo?
- Yo y mi dignidad.
- Lo ofendió.
- Se rió de mí.
- De qué manera.
- De una manera que no me gusta que se rían de mí.
- Entonces sí que no entendí. Porque hasta ese momento estábamos hablando del bolso verde, luego quisimos pelear pero no peleamos y él me contó que había peleado, pero con otra persona, un portero.

Entonces le pregunté si lo había enfrentado él solo y me dijo que sí, que el portero lo había ofendido, mejor dicho que había ofendido su dignidad.

-Esos jueguitos.

-Como si la dignidad y él fueran cosas diferentes. Yo y mi dignidad, yo y mi circunstancia, yo y mi perro.

-Ese teatro.

-Siempre yo. Quizá cuando se muera piense: yo y mi muerte. Como si cuando muera no esté solito, el yo, muriéndose, muriéndose sin dignidad, sin circunstancia, sin perro.

-Es bueno hablar un poco de la muerte.

-Nada ni nadie hay de más en la muerte. Solo se nace y solo se muere.

-¡Señor Dios!, vamos a ver vidrieras.

-Siga usted lejos de lo importante.

-Sigo.

-Siga usted lejos de las cosas.

-¡Argentinos, a las cosas!

-¿Cuál es su problema?

-Que tengo ganas de ver vidrieras. Ganas reales, vienen de lo más profundo de mí. No terminará este día sin que yo vea una vidriera.

-Esa es su meta.

-Es mi proa visionaria.

-Cuando pongas tu proa visionaria hacia un ideal...

-Qué día tenemos hoy.

-Positivista.

-Y dale nomás.

- En definitiva todo ha cambiado. Los muebles han cambiado de lugar. ¿Se acuerda de la cama?
- La cama.
- Ahora está dentro del ropero.
- Como la guitarra.
- Como la guitarra.
- ¿Y se acuerda de la mesa del teléfono?
- No puedo olvidarme de la mesa del teléfono.
- Está en el mismo lugar. ¿Comprende? ¿Comprende la profundidad del cambio?
- Todo ha cambiado, pero la mesa sigue en el mismo lugar. Es en sí mismo un cambio.
- Haga de cuenta que no lo escuché.
- ¿Y el teléfono? No piensa preguntarme por el teléfono.
- ¡Claro! ¿Y el teléfono?
- Desapareció. Es más, también desaparecieron otros muebles.
- Muebles queridos.
- Y no tanto.
- Muebles queridos y no tantos, podríamos escribir una canción con eso.
- De qué habla.
- De escribir una canción.
- Es demasiado.
- Perdón.
- Digo que es demasiado, con todo lo que está pasando, con los muebles que se corren, los que no se corren, los que desaparecen, que encima queramos escribir una canción.
- Lo había olvidado.
- Es usted muy frágil de memoria, tiene suerte.
- Odio las memorias pesadas. La vida toca el tiempo hoy aquí, esta plaza, esos chicos, la señora del bolsito verde, el hombre que se mira el zapato, el perro que mueve la cola, etcétera y más etcéteras.
- Muy comprometedor.
- Usted no habrá querido decir eso.
- Es verdad, quise decir, muy conmovedor.
- Y por qué habrá dicho comprometedor.
- Es verdad, por qué habré dicho comprometedor.
- Porque es comprometedor.
- Entonces, para qué quise decir conmovedor, si lo que dije fue comprometedor.
- Y lo curioso es que se retractó. No será entonces, querido amigo, que las cosas no son cuando son.
- No me llame querido amigo.
- Usted no habrá querido decir eso.
- Y usted tampoco.

- Por supuesto, quise decir otra cosa.
- ¡Y por qué no la dijo!
- ¿Cuándo?
- Las cosas tienen un tiempo y un espacio.
- Un lento espacio y un pequeño tiempo.
- Sí, más o menos.
- Menos mal, pensé que me había equivocado.
- ¿Y qué hay de la precisión?
- Es lo que yo digo todos los días: qué hay de la precisión.
- Nosotros somos tan iguales que debemos ser hermanos.
- O primos, por lo menos.
- Yo tuve un primo.
- Yo dos.
- Y una prima.
- Yo dos.
- Y un hermano.
- Yo dos.
- Y tres gaviotas.
- Agárreme las pelotas.
- Bien.
- Muy bien.
- Superlativo.
- Hiperlativo.
- Es medio vergonzoso. Es como que le vean una media agujereada.
- O el calzoncillo roto.
- Qué graciosos son los calzoncillos rotos.
- Sí, muy graciosos.
- Es tan gracioso como un extranjero.
- ¿?
- Como un extranjero cuando habla.
- ¿?
- ¿Nunca habló con un extranjero?
- Todos los días.
- Cuenta por favor.
- Para eso estamos.
- Qué gimnasia la suya.
- Una gimnasia interrumpida.

-Son fe...

-No me interrumpa si no sabe interrumpir. Y a continuación va un relato: Había una vez un hombre que se levantaba todas las mañanas a las ocho. Habiendo tanta gente que se levanta a las ocho, esto no tiene nada de particular.

-Obviamente.

-Pero si yo le digo que este hombre además de levantarse, lo que de por sí es una tarea penosa, salía de su casa rumbo a una panadería y era el primero que compraba el pan, usted, ¿qué me diría?

-Que se especializaba en tareas penosas.

-Exacto.

-¿Entonces?

-Entonces un día tomó conciencia de que su vida, desde el comienzo de los días de todos los días no era más que una tarea penosa.

-Y cambió.

-¡Nadie dijo que hubiera hecho nada! Dije que tomó conciencia. ¿Usted, alguna vez, sin que al contestarme caiga en una tontería, tomó conciencia?

-No pienso contestarle.

-El hombre se sentía muy desgraciado y desde el momento que sonaba el despertador hasta el momento de levantarse luchaba por encontrarle alguna gratificación al hecho de tener que levantarse y algún sentido al de ir a comprar el pan.

-Siento que se me va la vida. Debe ser hambre.

-Entonces se decía: hoy no me levantaré y si no puedo no levantarme, usted sabe como pesa la costumbre, no iré a comprar el pan, y si no puedo dejar de ir a comprar el pan, no volveré, de manera que no vuelva a acostarme y a levantarme y a ir a comprar el pan, etcétera.

-Es un relato un poco estúpido.

-Sí, pero ahí no termina, porque todos los días se decía lo mismo apenas sonaba el despertador y sin embargo no hacía otra cosa que levantarse e ir a la panadería.

-No deja de ser estúpido.

-Claro, pero fíjese qué revelador es este asunto.

-El panadero era extranjero.

-No.

-La mujer del panadero era extranjera.

-Tampoco.

-Da asco, ni siquiera es gracioso, por lo menos cuente algo gracioso.

-¿Dónde está el miedo?

-Qué miedo.

-¿De dónde viene el miedo?

-Me duele la cabeza. Usted me hace doler la cabeza. He llegado, sin proponérmelo, a un punto de saturación.

-Qué fino: punto de saturación.

-Tenía razón el que dijo: el infierno son los otros.

- ¿Quién?
- No pienso dar nombres.
- A veces usted parece culto.
- No crea, me gusta el fútbol.
- A mí no.
- A mí sí.
- Eeeeeeh.
- Mmmm.
- Muy bien, me voy a dormir la siesta.
- Pero si ya es de noche.
- De ninguna manera.
- Me voy a dormir la siesta y después voy a trabajar.
- ¿A trabajar?
- ¿Es para preguntármelo así?
- Trabajar no es divertido. Haga otra cosa.
- Me convenció.
- Todo da igual.
- Viva la pepa.
- Sí señor.
- Vamos todavía.
- Dale que va.
- Meta nomás.
- Sabe qué día es hoy, ¿verdad?
- Siempre lo supe.
- Pero eso no le da ningún derecho.
- Yo no tengo derechos, ni tengo ganas de tenerlos.
- Así es más fácil. Pero, realmente, ¿sabe qué día es hoy?
- Claro que lo sé y puedo demostrarlo.
- Es su oportunidad.
- Y por qué entonces no nos revelamos.
- ¿Sabe lo que tenía que decir?
- No.
- Hoy es el día indicado.
- Pero nadie me lo dijo.
- ¿Y hacía falta?
- Yo sólo digo lo que me dicen.
- ¿Y su propia voz?

- Y mi propia voz qué tiene que ver.
- Es lo que yo siempre digo, qué tendrá que ver.
- Con quien estamos peleando.
- Contra todo.
- Contra viento y marea.
- También.
- Arremetemos contra el temporal.
- Ponemos la proa visionaria.
- ¿Otra vez?
- Algo hay que poner.
- Aunque no se tenga nada. En eso estoy muy de acuerdo.
- Sí, yo también me acuerdo.
- No, yo decía que estoy de acuerdo.
- Y yo también.
- Ese facilismo, esa chabacanería distractora.
- A ver eso: chabacanería distractora.
- Todo es broma para usted.
- Lo mismo decía mi madre.
- ¿Y su padre?
- Mi padre. Qué padre.
- El padre.
- El padre de quién.
- ¿Y si tomamos mates?
- ¿Y si tomamos notas?
- Hemos llegado, todo parecía incierto, los caminos se bifurcaban, pero hemos llegado, no sabe lo feliz que soy.
- El jardín de los senderos que se bifurcan.
- Termínela, estoy feliz, y sin embargo me duele el estómago.
- Una felicidad incompleta.
- Todo es incompleto.
- Hasta lo incompleto.
- Y lo sabemos.
- Pero no estamos contentos.
- Y quién dijo que había que completar.
- Hay una ley que dice: la velocidad siempre es mejor que la lentitud.
- Yo también conozco una ley.
- ¿Y usted la acepta?

-De ninguna manera.

-Cuando le hablo quiero que me conteste.

-Yo también.

-Entonces.

-Seguimos.

-Que vivan los estatutos, los reglamentos y las cláusulas, qué vivan los compromisos, los métodos, los dogmas, los dictados, los designios, las obligaciones y las religiones. Que viva la ley, el poder y la gloria.

-Y la gloria.

-Y que viva yo.

-Y el súper yo.

-Y el súper ego.

-Qué bien.

-Y otra vez la ley.

-Y otra vez la trampa.

-Y la trampa legislada.

-Y los diputados y los senadores.

-Y el vino tinto.

-Y sabe qué.

-Qué.

-Las cosas son como son.

-Las cosas son cromosoma. Tomá.

-Es usted un sabio.

-Y usted un pavote.

-¿Y si tomamos té a la hora del té?

-¿Y si escuchamos música?

-No me diga que trajo la radio.

-Radio y pasacasetes.

-Y qué hace.

-La enciendo.

-Muy interesante.

-Muy interesante.

-Muy interesante.

-Muy interesante.

-Más interesante.

-Más interesante todavía.

-Es la hora.

-Alguien me dijo una vez que yo sería grande. Entonces yo le dije a otra persona que sería grande. Todos queremos hacer con los otros lo que hicieron con nosotros. ¿Se da cuenta? Y así sucesivamente. ¿Se da cuenta?

-Cómo no saberlo si yo también fui a la escuela e icé la bandera.

-¡Viva la bandera!

-Y la patria.

-¡Viva la patria!

-Canejo.

-Cangrejo.

-¡Viva el cangrejo!

-¡Y los libros que nunca se terminan de leer!

-Todo ha sido muy llano, sin inconvenientes, parece.

-Es verdad, me cuesta creerlo a mí también.

-¿Y usted dónde votó?

-En una escuela, en el baño de una escuela.

-Me imagino que estamos hablando de lo mismo.

-Siempre hablamos de lo mismo.

-Del deseo de hacer morcilla.

-No lo oigo.

-Hay que tener coraje.

-Y decisión.

-Quiero interrumpir. Lo veo a usted con esa corbata roja y esos ademanes y no lo quiero pensar, pero tampoco puedo evitar pensarlo, usted está acelerado.

-Puede ser. Estoy aumentando la velocidad de mi andar, llegué con mucho ímpetu hoy, quizá muy decidido, demasiado decidido diría, pero no sé para qué, pudiendo estar más tranquilo. Tal vez me complique en sutilezas, y en esas sutilezas me quedo pensando, mientras mi cuerpo que no parece recibir orden alguna, se mueve.

-Un cuerpo indomable.

-Más o menos, se acelera, se acelera en sentido contrario a mis razonamientos y eso que esta mañana ni siquiera tomé café. Y no porque no había, sino porque no tuve ganas. Solamente comí unas galletitas desabridas y salí a la calle con unas ganas y unos deseos que seguramente no son míos. Usted habrá visto que yo soy más bien tranquilo.

-Es un pesado.

-Justamente, soy alguien a quien cualquiera puede considerar aplomado.

-Es lo mismo.

-Y es algo que tampoco tiene que ver con este estado. Creo, y lo definiré sin temor a equivocarme, creo que estoy excitado.

-Cómo vamos.

-Vamos bien, pero permítame decir algo importante.

-Creí que ya lo había dicho.

-Entonces ya lo dije.

-¿Y usted dónde votó?

-¿Quién soy yo?

-Yo voté en el baño de una escuela y estoy orgulloso de eso, si hubiera votado en otro lado, quizá no lo diría.

-¿Y usted dónde votó?

-Ya lo dije.

-Pero los dos dijimos lo mismo.

-Es verdad, ¿y ahora?

-Ahora NADA, a luchar, a perseguir las ilusiones.

- Siempre atrás, nunca adelante.
- Acaba de darme pie para una reflexión.
- Lo único que perseguimos es la muerte.
- Acaba de arruinarme la reflexión.
- No le dije que estoy acelerado.
- Es verdad.
- Y dónde quedó eso tan profundo que usted iba a decirme.
- No sé.
- ¿Ya lavó su ropa?
- Siempre en la facilidad. Yo me imagino su vida como un camino sin sorpresas.
- Caminante no hay caminos, se hace camino al andar.
- Golpe a golpe, verso a verso.
- Caminante, son tus huellas el camino y al volver la vista atrás, ¡zas!
- ¡Zacate!
- Así es.
- Muy bien, con esto terminamos.
- Quería decirle una última cosa. Sé positivamente que soy clase B.
- ¿B de qué?
- Y agregar algo más. Es un saludo. Adiós amigos.
- ¿Y eso?
- Un saludo.
- Debería usted tener más ánimo, más autoestima, más presencia, más virilidad, más aquiescencia, más virtud, más potencia y más vergüenza.
- Faltó el amor propio.
- Y más de ese amor que llamamos propio.
- Se ha ganado usted una golosina.
- ¡Una golondrina!
- Una golosina no hace verano.
- Por eso hay que tener más, hay que almacenar.
- Cuántas reglas generales, cuántos principios, estoy orgulloso de usted.
- Y yo de los dogmas y de los axiomas y del verbo ser.
- Ser o no ser.
- Esa es la cuestión y todos sus derivados.
- ¿En definitiva es usted un especialista?
- Sí, definitivamente.
- Y me imagino que esto tiene que ver con muchas cosas.
- Es obvio.

- Empecemos entonces por el principio.
- En el principio era la luz.
- Usted tiene repuestas para todo.
- Pregunte si quiere.
- ¿Se puede ser sin estar?
- Eso ya lo contesté.
- Espere.
- ¿Qué pasó?
- Alguien nos abrió la puerta.
- Malditas convenciones.
- Hágase el que no entiende nada.
- No puedo. Siempre hay algo que vigila.
- El inconsciente puro no existe.
- Algo aprendió.
- Gracias.
- Y ahora.
- Ahora nada.
- Algún saber. Alguna lección. Algo que usted pueda decir y muchos repitan. La rosa de oro, ¿entiende?
- De nada sirve escaparse de uno mismo.
- Veinte horas al cine pueden ir y fumar hasta morir.
- Con mil mujeres pueden salir.
- Pero de nada sirve.
- Eso.
- Muy bien. Esto es todo. Nos vamos a casa.
- Siendo felices.
- Apenas.
- No dejaremos nada, pasaremos como la muerte.
- Ah, la muerte, qué tema ése.
- Y todo sirve.
- Todo sirve. Todo es un grito pegado en la noche.
- Un grito pegado a la noche.
- ¿Usted todavía cree en algo?
- En desangrarme, creo en dejar la vida. En las violaciones. Creo en las violaciones, creo que las violaciones existen. Creo de alguna manera todo el mundo es violado.
- Hoy está dispuesto.
- Y bien puesto.

- Y todo es real, maldita sea.
- Desangrémonos si quiere.
- Vaya usted, yo estoy cansado.
- Nunca entenderá, nunca entenderá de la entrega suprema.
- Mire, yo tengo ganas de tomar café, nada más.
- Ese es su destino, entonces.
- Sí, me bajo en la otra cuadra.
- Sigue el control. Todo debe ser controlado, con minucia, en un recorrido aventurado y casi imposible.
- Maldita sea. Maldito destino.
- No se haga el desesperado, le queda mal.
- A propósito, ¿de qué estábamos hablando?
- De lo mismo. Siempre hablamos de lo mismo.
- Siga.
- Y sigo, la reputa madre.
- Nos hemos salvado.
- Yo también lo reconozco.
- Qué difícil es no morir.
- Ya lo creo.
- ¿Cuánto hay acá?
- Acá está todo, hay un intento de todo.
- A veces no entiendo. Y otras veces entiendo demasiado.
- ¿Y la técnica?
- ¿Y las buenas y sanas costumbres?
- Y la mermelada de frutilla.
- Y la verdad, ¿dónde quedó al fin la verdad?
- Dónde están los hombres. Cenizas, cenizas.
- Todo parece funcionar a la perfección.
- Con ayuda.
- Con ayuda, es verdad.
- Con una maldita verdad.
- Una verdad ardiente a los ojos.
- Sueños de barrilete. Sueños de barrio. Todo son sueños y nos vamos, nos estamos yendo.
- Qué fácil es irse cuando no se ha llegado.
- Siga con las estupideces y después arrepíentase.
- Oigo llorar a un niño.
- Es un gato.

- Entonces oigo llorar a un gato.
- Ya nos vamos entendiendo.
- Siempre nos entendimos.
- Yo sé que me sorprende de cualquier cosa.
- Y eso, ¿qué tiene que ver?
- Es lo que yo me pregunto todos los días: y eso, ¿qué tiene que ver?
- Creo que es hora de detenernos.
- ¿Desde qué lugar nos detendremos?
- Desde el lugar de la infinita soledad.
- No me haga llorar.
- Quiero dejar de pensar.
- Me parte el corazón.
- A ver si me explico. Hay que detenerse, detenerse un momento.
- Todo es tan flojo, tan blando, tan superficial.
- No importa.
- Juega el juego.
- A propósito, ayer me dijo que me traería una carta.
- ¿Una carta?
- Sí, me contó que había recibido una carta y que en esa carta me mencionaban.
- ¿A usted?
- Si yo no escuché mal, además me mandaban una receta, una receta para hacer pescado.
- Todo es mentira.
- Y además había una invitación. Nos invitaban a ambos a jugar a las bochas.
- ¿A las bochas? Yo no sé jugar a las bochas.
- Bueno, quizá no era eso, quizá nos invitaban a que diéramos una conferencia.
- ¿Una conferencia? Yo no sé dar conferencias.
- No tiene nada que ver, no le preguntaban en la carta si usted sabía o no sabía, simplemente lo invitaban.
- Es verdad, pero no iré. Vaya usted si quiere, yo prefiero escuchar radio. Nada de bochas y conferencias.
- Es usted un hombre insípido, incoloro e inodoro.
- Sí, soy José Insípido.
- Y yo José Inodoro.
- Qué barbaridad.
- Qué barbaridad.
- Qué barbaridad tan grande, tan solapada. Qué solapa.
- Es un saco nuevo.

-Y a qué se debe la flor en el ojal.

-No es una flor, es un pañuelo.

-Y a qué se debe.

-Qué cosa.

-Todo, a qué se debe todo.

-Y ahora se cruza un recuerdo. Calles Salta y Moreno, en la ochava hay un bar, al lado una frutería.

-Algo debe haber aprendido ahí.

-Sí por supuesto, me reconocí en ese lugar, yo fui en ese lugar, me acuerdo que dije una verdad acerca de mí y lo que es peor, me la creí.

-Cuán pobre es usted.

-Sí, creo que dije que yo era pobre.

-Estrellito, ese pobre campesino.

-Sí, creo que dije que yo era estrechito, ese pobre campesino.

-Hable nomás, que yo lo escucho.

-Siempre el camino de facilidad. La pueril facilidad de ser simple, nunca más allá, nunca una reivindicación, siempre la lucha ciega de estar en el mundo, de ser uno más, de comerse la fruta que venden en la esquina.

-Y a usted qué le importa, pedazo de melón infeliz.

-¿Acaba de decirme melón?

-Sí, hoy no tengo nada qué hacer.

-Hubiéramos empezado por ahí.

-Está bien, le contaré una historia.

-No hay obligación, por favor, no se preocupe, tómese algo, mejor.

-Quiero hablar, quiero decir lo mío.

-Es un relato, un relato de barco.

-Cuenta ese del embotellamiento.

-No.

-Dele.

-Bué.

-Venía yo con mi automóvil. Debe saber usted que tengo un automóvil, un automóvil blanco, blanco como yo y mi conciencia. Mejor dicho, iba yo con mi automóvil a trabajar.

-Trabaja, y sé feliz como puedas.

-En general, me gusta manejar rápido, siempre quiero acercarme al pelotón que va adelante. Ser el primero y esas cosas.

-Lindo ejemplo.

-¿Oyó algo?

-Sí, es un mugido.

-En un momento, la caravana de autos de hombres que iban a trabajar se detuvo. Pensé que era un tren y efectivamente a unos cuatrocientos metros pude ver que un tren, con esa voluntad que tienen los trenes, formaba una perpendicular con los autos impidiéndoles el paso.

-Se cruzaba.

-Exacto, se cruzaba.

-Entonces.

-Los minutos transcurrían. Enseguida recordé un cuento de Julio Cortázar llamado “La Autopista del Sur”.

-Que conste.

-Y me pregunté qué ocurriría si todas las personas que estaban ahí, en sus autos, bufando, mirándose unas a otras, diciéndose con las miradas lo mismo, hubieran leído ese cuento y lo recordarian como yo lo recordaba.

-¡Qué tierno! Por favor dígame qué se le ocurrió, estoy desesperado por saberlo, hasta soy capaz de dejar de respirar esperando esa conclusión suya.

-Nunca nadie le habló de climas, de atmósferas, de rapé.

-De raperos.

-¿De qué está hecho usted?

-Creo que ya le dije, estoy construido por los miedos. Yo soy miedo como viento, miedo que anda y penetra en todas las cosas que se dejan tocar por el miedo. Todo es peligroso y posible, las peores cosas son posibles si uno no toma los recaudos. Todo lo malo, inefablemente, llegará.

-De eso se trata mi relato.

-Ya me lo había contado.

-Imagínese si los demás conductores...

-Ya me lo contó. Economice, que no hay para tanto.

-Quiero ser luz y quedarme.

-O comprarse el destino. A mí, personalmente, me gustaría comprarme el destino.

-Es un problema matemático.

-Explíquese doctor.

-Las posibilidades no son infinitas, son cuantificables, pero hay muchas, se trata de conseguir una herramienta para que sin proyectarlas, las cuente y les dé un orden, de esa manera nos daremos cuenta de que el destino es una puta estadística.

-Hubiéramos empezado por ahí.

-Sí, es muy interesante.

- Buen día.
- Buen día.
- Buenos días.
- Buenos días.
- Bueeen día.
- Bueeen día.
- ¿Se acuerda? ¿eh?
- Copio.
- Muy bien.
- Qué lo trae.
- Nada. ¿Y a usted?
- Lo mismo.
- Nada.
- Ni nadie.
- Silencio, soledad, hambre.
- Paradojas del destino.
- Vuelve el destino.
- No, vuelven las paradojas.
- Y pensar que todo es tan simple.
- Para usted será simple, porque usted es un simplificador.
- Soy un formulador.
- Vaya oficio.
- Vaya.
- ¿Y esa apatía?
- Es la misma que tenía ayer y la conseguí barata.
- ¿Ayer?
- Sí ayer.
- Hubo ayer.
- Así dicen.
- ¿Y habrá mañana?
- Habrá mañana. Déjese de idioteces.
- Hablemos.
- No tengo ganas. Estoy mirando.
- Mire y hable.
- No tengo ganas.
- Venimos mal, los caballos están cansados, sin agua, sin nada que decir.
- Y a veces pensamos que no es así, que los caballos están bien.

- Que hacemos las cosas bien.
- Siempre hacemos las cosas bien.
- Aunque los caballos estén cansados.
- Es cuando hacemos descansar a los caballos.
- Hablemos de cabellos. Cuente la historia del pelo en la sopa.
- Tengo una muy interesante acerca de un pelo en un sofá.
- Muy bien, me estoy entusiasmado.
- Cuántos recuerdos.
- Cuántas voces hablando al mismo tiempo.
- Franz Kafka: La construcción.
- Benito Pérez: La conscripción.
- Qué antiguo es usted.
- Hablemos.
- Hablemos de sopa.
- No, paso.
- Es usted un juguetón sin remedio.
- Un piola.
- Un vivillo.
- Un iluminado.
- Un pederasta.
- Y así vive.
- Siendo y no siendo.
- No siendo para tanto.
- Ya me aburrí.
- Y yo me aburguesé.
- No me diga.
- Sí. Y estoy dispuesto a contarle esa historia.
- Hace varios días que amaga a contar una historia.
- Esta vez la contaré.
- ¿Tiene el ánimo para hacerlo?
- No, estoy absolutamente deprimido.
- Pero promete.
- Prometo y no cumplo.
- Todo es tan veloz.
- El tiempo es justiciero, créamelo.
- Así dicen los hijos de puta: La historia me juzgará.
- Y usted qué cree.

- Vaya pregunta psicoanalítica.
- Y usted qué cree.
- Famosa preguntilla.
- Y usted qué cree. Qué piensa, qué desea.
- Es usted un hombre formidable, casi perfecto.
- ¿Le parece?
- Otro clásico: ¿Le parece?
- Hombre escondido tras las palabras u hombre evidente tras las palabras.
- Sabio sintagma.
- No hable de lo que no sabe.
- Estamos muy cerca y muy lejos, en la mitad, casi en la mitad.
- Experiencia ciclópea.
- Masoquismo.
- Enfermedad, como decía Goro.
- El que quiere y no puede.
- Paráfrases.
- Famosas preguntillas hechas a famosos respondedores.
- Habrá querido decir repositorios.
- ¿Tiene un pañuelo?
- Y todo así.
- Por favor, un pañuelo.
- ¿Para?
- Mocos.
- Mi pañuelo está usado.
- No importa.
- Un poco pegoteado, búsquese un papel.
- Qué cansados están los caballos. Qué mal vienen aproximándose al mal, con cuántos errores de concepto, de percepción, casi diría, de formulación.
- Una fórmula equivocada.
- Un plomazo.
- Un pelmazo.
- Sin oxígeno.
- Hubiera intentado otra cosa.
- No sé hacer otra cosa.
- Quiere borrar con el codo.
- Más o menos.
- No se enteró de que se trata de un camino sin retorno.

-Apenas un esbozo.

-No confunda. Diga: lo blanco es blanco y lo negro, negro.

-Lo blanco es blanco y lo negro es negro.

-Y ahora cómo se siente.

-Mejor.

-Entonces empecemos.

-Hace muchos años, tantos como tiene la memoria del memorioso hubo un rey llamado Jasan, que vivía en una región de Arabia.

-El arte por el arte.

-No lleve las cosas al extremo.

-Canalizo. Hago lo que puedo.

-Sin confiar en nada, ni en nadie. Masturbándose.

-Es una gruesa palabra que se hace fina en el acto mismo de nombrarla.

-Masturbándose.

-Hablemos de la relación masturbación-palabra.

-Bien.

-Hablemos del dedo en la nariz.

-Hablemos de “La nariz”, aquel cuento de Gogol.

-Hablemos de los otros.

-Toda crítica es una autobiografía, dijo Ricardo.

-Hablemos de Ricardo.

-De Ricardo III.

-Y de Río Cuarto.

-Qué me puede decir de Río Cuarto.

-Nada.

-Del hombre viejo, del ex-juez.

-Nada.

-Cómo se llamaba.

-Juan.

-Juan Goytisolo.

-No, no creo.

-Juan Carlos Arizmendi.

-Alejo Bernardo Potenza.

-Estaban Amilcar Benavídez.

-María Marta Saldívar.

-Verónica Alicia Cartichelli.

-Pedro Gortelli.

- Tampoco.
- ¿Entonces?
- Entonces, cuando no hay nada que decir es mejor callarse.
- ¿Entonces?
- Autobiografía psíquica.
- El hambre por el hambre.
- Boludeces. Todas son boludeces, boludeces para todo el mundo. Una irresponsabilidad, una falta de respeto.
- Las cosas maduran y se caen. Así es la vida de la fruta.
- Un hombre al que nada le alcanza.
- Pobre hombre.
- Un pobre hombre, difícil de conformar.
- Y de formar.
- Nadie lo educa.
- ¡Es que no se deja educar!
- ¿Y esos signos?
- Son los signos de los tiempos.
- Qué hora es.
- Qué se yo.
- Averigüe por favor.
- Lo esperan.
- Sí, me esperan y se esperan.
- Así es su vida.
- Y a usted qué le importa.
- Ponga menos énfasis, sólo se trata de pasar.
- Y pasamos.
- Pasamos de grado.
- ¿Qué hora es?
- ¿Ahora?
- Sí, ahora.
- No sé.
- ¿No averiguó?
- No sé.
- Idiota.
- No sé.
- Nos equivocamos.
- Hay que pasar el rato.

- Pasar a otra cosa.
- Eso, pasemos a otra cosa.
- Ya estoy listo.
- Usted primero.
- Le dije que estaba listo.
- ¿Y si vamos al encuentro de alguien?
- ¿Y si nos morimos?
- Daría lo mismo.
- ¿Y si plantamos un árbol?
- Daría lo mismo.
- ¿Y si vendemos todas nuestras pertenencias y nos hacemos santos pobres?
- ¿Y si vendemos todas nuestras cosas y contamos cómo es la historia de un hombre que vendió todas sus cosas y se hizo rico?
- ¿Y si nos hacemos ricos?
- Mejor repasemos.
- Mejor estudiemos primero.
- Hablando de mejor. Ayer me dijeron qué era lo mejor para mí.
- Y dígallo.
- Es un secreto.
- No entiendo.
- Lo mejor para mí puede ser lo mejor para usted y en esa igualdad usted puede robarme la idea.
- Pero la idea se la dio otro.
- Pero estaba referida a mí.
- Es usted un perfecto egoísta.
- Gracias.
- Y qué piensa de mí.
- Nada.
- Deme alguna idea de qué es lo mejor para mí.
- ¿Le gusta el vino?
- Por supus.
- Tómese un litro.
- ¿Nada más que un litro?
- Es la justa medida.
- ¿Cómo no lo pensé antes?
- Macrocéfalo.
- Genio postergado.
- Prócer.

- Tengo una idea.
- Venga.
- Contaré la historia de una revolución.
- Vaya, vaya.
- Está bien, me voy a bañar.
- Vaya, vaya.
- No puedo quedarme quieto, es como si tuviera pulgas.
- Trate de tranquilizarse, tómese unos mates.
- El mate me excita.
- Tómese un té, entonces.
- ¿Trajo los elementos?
- ¿Qué elementos?
- El mate, el té.
- No.
- Entonces.
- Hay que tener imaginación, provocarla.
- Usted quiere que lo provoque.
- Más o menos.
- Trataré de hacerlo.
- Hágalo ahora, no deje para después eso, confíe en usted.
- Hoy no puedo, mañana quizá lo intente.
- ¿Y esa falta de convicciones?
- Son mías, no las toque.
- Qué tarde se me ha hecho.
- Es verdad, qué tarde se le ha hecho.
- Por quedarme charlando, a propósito ¿no sabe si hoy nos pagan?
- Creo que no, es más, creo que dejaremos de cobrar.
- Qué bien, me eran tan incómodas las filas para cobrar.
- Es un avance.
- Y ahora.
- Mordiéndolo el polvo.
- Deje eso, la tierra no tiene la culpa.
- No le dije que no puedo quedarme quieto.
- Haga otra cosa.
- Hacer, decir. Decir que se hace, qué bien vamos. Cuánto ha crecido nuestro trabajo, y pensar que nos iniciamos en una piecita, sin poder dormir. ¿Usted se acuerda?
- De qué.

- Cuando no podíamos dormir.
- Cómo no acordarme, tengo tan buenos recuerdos de mi insomnio.
- Y después qué pasó.
- Empezamos a dormirnos como marmotas.
- Yo extraño el insomnio.
- Yo también.
- ¿Qué le parece si nos quedamos toda la noche sin dormir?
- ¿Qué le parece si nos comemos unos fideos?
- Pero yo por no dormir quiero un premio.
- Un premio por no dormir, pedazo de pretensión.
- Aunque sea un premio consuelo.
- No le parece suficiente consuelo el mantenerse despierto.
- No, yo quiero más. Tome mi insomnio como un sacrificio.
- ¿Sacrificio? Eso es irracional.
- Siga.
- Uno debe ser hasta donde le da su angustia.
- Bueno, bueno, no se ponga frasero.
- Y debe calmar esa angustia en los lugares que es. Porque ser, mi querido amigo, no es más que una angustiada experiencia.
- Permítame una observación.
- Permitida.
- Cuando hable de ser y de angustia, hable también de deseo.
- Quiero recordarle que el deseo está implícito.
- Y en esta sencilla ceremonia, termina este acto de purificación.
- Pida agua caliente y nos tomamos unos mates.
- Una letra que no se pueda leer en voz alta, que no se pueda representar y mucho menos asir, ni contar mediante una filmación. Un gesto inútil que ilustre no ya lo efímero, sino también lo persistente: los signos encontrados, inabordables.
- Yo traje una bolsita con yerba.
- Yo traje una bolsita para vomitar.
- Y traje azúcar, si gusta dulce.
- Y una bacinilla.
- ¿Bacinilla?
- Y papel, para limpiarse la boca y el culo.
- Qué tal. Culo y boca, y yo ofreciéndole mates.
- Así hablamos: culo y boca.
- Boca y River.
- San Lorenzo, Independiente, Huracán.

- Velez Sarsfield.
- Nueva Chicago.
- Racing, Ferro Carril Oeste.
- Almagro, Newells Old Boys.
- Colón de Santa Fe.
- Estudiantes de La Plata.
- Gimnasia y Esgrima de Jujuy.
- Desamparados de San Juan.
- Talleres de Córdoba.
- Belgrano de Córdoba.
- Rosario Central.
- No sé, Lanús.
- Atlanta.
- Belgrano de Remedios de Escalada.
- Gimnasia y Esgrima de La Plata.
- Argentino de Rosario y Banfield.
- Y el tiempo pasa.
- Y yo no fui a cobrar.
- Y para qué quería cobrar.
- Quería comprarme un par de zapatillas.
- No invierta en cosas que se gastan, apunte a lo permanente: bolsitas de plástico, por ejemplo.
- Esa sí fue una provocación y la tomaré como tal.
- Si está dispuesto a pelear, hagámoslo.
- Claro que estoy dispuesto.
- Diga su manifiesto y yo diré el mío.
- Proletarios del mundo uníos.
- No por mucho madrugar, se amanece más temprano.
- Debe ser la primera vez que decimos que haremos algo y lo hacemos.
- Perdidos en el espacio.
- Perdidos en el espacio interior.
- Perdidos, eso es todo.
- Todo de a dos.
- Exprésese.
- Exprésese usted si quiere.
- Está bien, déjeme contarle de las esquinas misteriosas.
- Y yo le hablaré de las esquinas mentirosas.
- Esas esquinas que evocan a los fantasmas.

- Dónde fue que mataron a su primo.
- Y yo que le tenía fe.
- Y yo que creía que usted era un gran señor y por eso me detuve a charlar.
- Y yo que pensé que usted sabía lo que decía.
- Hablemos por favor de los fantasmas.
- Hablemos de las soluciones a los problemas.
- Hablemos de los problemas.
- Puedo contar lo de la poetisa en la boîte.
- Todos los problemas se resuelven con paciencia.
- Con paciencia y saliva.
- Hablemos de aquel cementerio de elefantes.
- Aquel cementerio de las angustias veladas, latentes a punto de estallar en una trompada y a la vez, aparentemente divertidas.
- Debemos decir aquí que nadie sabe a dónde va.
- Debo, porque lo siento como una obligación, decir que he visto muchos todos, siempre, nadie, y esos términos me abruma.
- Voy a orinar.
- Será porque son términos que llevan a la muerte.
- Me estoy orinando.
- Vaya de una vez, pedazo de meón.
- No aguantaba más.
- ¿Ya fue? ¿Tan rápido?
- ¿Por?
- Dio la sensación de que ni se hubiera movido.
- Sí, a mí también me parece que está todo igual, que todo sigue igual.
- Y eso es peligroso.
- Claro que es peligroso.
- Pero de algo se está dando cuenta.
- Sí, de que quiero ser luz y quedarme.
- Lo estoy escuchando con mucha atención y mal que me pese, observo que tiene razón.
- Un hombre cansado de descansar.
- Un hombre cansando de no ser y a la vez cansado de estar cansado.
- Ojalá yo fuera como usted.
- Y yo como usted.
- Somos voluntaristas en una época donde los sistemas reemplazan a la voluntad.
- Somo obrero de Morón.
- Y prejuiciosos.

-Y vanidosos.

-Nunca entregaríamos nada si no fuera a cambio de otra cosa y de otra cosa más valiosa, se entiende.

-Y así nos va.

-Maldita justicia.

-Maldito sea usted.

-Perfecto idiota.

-No se desespere, el tiempo llegará y con él, la flacidez.

-Pensé que iba a decir la felicidad.

-La felicidad ja ja ja, de sentir amo o o o or.

-¿Tengo quince minutos?

-Concedidos.

-Yo le aseguro que en n minutos yo soy capaz de hacer muchas cosas.

-Ya pasaron cinco.

-Cosas impensadas.

-Ya lo creo.

-Yo en quince minutos puedo pintarle la cara.

-Para qué si ya vine pintado.

-Arregladito como para ir de bodas.

-Más o menos.

-Siga.

-Siga usted.

-Y bueno, y así.

-

-Las expresiones contemporáneas con su carga de velocidad y olvido. Haces de luz por todas partes, hoy las pantallas son los únicos referentes de un mundo que se apaga como una vela que también se apaga por haberse terminado la mecha y por un viento, un viento cálido, no crea.

-

-Siga usted.

-

-Y así todo es mejor, todo es posible y verdadero.

-Su tiempo ha expirado.

-Qué pena, venía tan bien.

**Parte III: Desenlace**

-Todo llega en esta vida.

-Y lo que no llega nos alcanza.

-¿Cómo le va?

-Bien.

-Qué hizo hoy.

-Nada.

-Con razón le va bien.

-Y usted.

-Yo tampoco hice nada. En realidad, nunca hago nada.

-Entonces también le va bien.

-No, se equivoca, me va como el mismísimo culo.

-Por favor, explíquese hombre, me preocupa.

-Déjeme tranquilo.

-Dé alguna razón o alguna queja. ¿Alguien le ha hecho daño?, ¿sus expectativas no se cumplen?, un amor imposible, el dinero no le alcanza, su salud está quebrantada.

-Quebrantada, me hace llorar.

-Se siente solo y humillado, ¿tiene ganas de dialogar con alguien y no lo consigue?

-No, tengo miedo.

-¿Otra vez?

-Miedo de que me corten el pene.

-¿Otra vez?

-Otra vez qué.

-Otra vez le cortarán el pene.

-Nunca me lo cortaron.

-Entonces.

-Tengo miedo.

-No sea zonzo, a quién le puede interesar su viejo pene.

-No hable mal de mi pene.

-Vamos.

-Es un pene bastante simpático.

-Simpático.

-¿Quiere que lo muestre?

- Bah, bah.
- Oiga.
- Está bien Sr. Pene, siga hablando del miedo.
- ¿Alguna vez le mentí?
- Qué se yo, si ni lo conozco.
- Cómo que no me conoce.
- ¿Por qué?, ¿usted me conoce?
- Claro que lo conozco.
- Qué me va a conocer.
- No sea jodido, déjese llevar.
- Así no llegaremos a ninguna parte, yo soy quien conoce el camino.
- Me imagino.
- Yo soy el camino.
- Yo también.
- ¿Y por qué usted también?
- Pá no ser menos.
- Con cuánta gracia se ha desarrollado esto.
- Sí, y qué especial énfasis en el chiste corto y banal.
- No me diga que otra vez...
- No pude evitarlo.
- Nunca se da cuenta cuando le vienen las ganas.
- Trato de controlarme, pero pronto me olvido, paso a otra cosa.
- Y deja que las cosas sucedan.
- Tampoco puedo controlarlo todo.
- Hombre de poca voluntad.
- Pero convencido de mi falta de voluntad, es una falta de voluntad medida, estudiada.
- No me diga que sigue estudiando.
- Sigo estudiando, estoy estudiando la manera en que tienen los perros de relacionarse.
- A qué nivel.
- Qué nivel.
- Digo, de qué manera.
- De cualquier manera.
- Y relacionarse con quién.
- Con todas las cosas.
- ¿No es un poco amplio?
- Qué cosa.
- Su estudio.

- Qué se yo, todavía no empecé.  
-¿Pero no era que estaba estudiando?  
-Sí, estoy estudiando.  
-No era que no había empezado.  
-Todavía no empecé.  
-Así no podemos hablar.  
-Y no hablemos.  
-Entonces.  
-Entonces nada, qué tanto.  
-Pero.  
-Pero nada.  
-¿Tengo que soportar a un hombre enojado?  
-Un hombre furioso. Un animal atado.  
-Oh, pobre hombre.  
-Haga lo que quiera.  
-Siempre lo hago, sino fijese el pullover que me puse.  
-¿Usa todavía ese pullover rojo?  
-Y con orgullo.  
-Pero estamos en verano.  
-No le creo.  
-Le puedo asegurar que es verano.  
-Pero yo no tengo calor.  
-Es problema suyo.  
-¿Está seguro?  
-De qué.  
-De que estamos en verano.  
-Claro, hombre, la primavera ha terminado.  
-¿Y eso es todo?  
-Es todo lo que puedo decirle.  
-Pero.  
-¿Otra vez?  
-Sí, otra vez sorprendido, preguntándome cómo es esto, por qué es así.  
-¿Así, cómo?  
-Caprichoso y arbitrario.  
-Azaroso y presuroso.  
-Sin ton.  
-Ni son.

- ¡Claro!
- Ton ton.
- Son son.
- Ton ton.
- Son son.
- Muy bien, vamos.
- Ton ton.
- Sin son.
- Everybody.
- Ton son sot nos son tas tazón.
- Eso.
- Everybody.
- Ton toron ton ton.
- Música maestro.
- A ver todos, vamos.
- Ton toron ton ton.
- Sí señor.
- Ritmo y alegría.
- A ver los de atrás, con las palmas.
- Con las palmeras.
- A ver los de atrás, vamos, con ganas.
- Eso, con ganas.
- Vamos que se termina, a mover las caderas.
- Y los muslos.
- Y la pechuga.
- ¡A ver si conjuramos los fantasmas, carajo!
- ¡Vamos los fantasmas, carajo!
- ¡Todos juntos!
- ¡Todos los fantasmas juntos!
- Alegría y pudor.
- Hambre y fornicación.
- Vamos con la fornicación.
- A coger que se acaba el mundo.
- Eso, a acabar que se encoge el mundo.
- Y sigue.
- Y nadie nos puede parar.
- Y vamos en moto.

- Y somos dos motos.
- Y chau.
- Chau pinela.
- ¡Vamos pinela!
- Fascinación y empuje.
- Músculo y concentración.
- Mierda y sudor.
- Todo es hambre y brillo.
- E insomnio.
- Insomnio.
- Y dilación.
- Un lugar hacia donde nunca se llega.
- O la piedra que quedó en el camino.
- En el medio del camino había una piedra, ja ja.
- Y en el hígado también, de tanto beber.
- De tanto ver.
- Qué le parece si mejor no hacemos la digestión.
- Y nos confundimos con todo.
- O nos confundimos del todo.
- Vaya hombre decidido.
- Vaya hombre carnal.
- Que molesta, que interrumpe, que barrunta. No sé si entiende, interrumpe, barrunta, en fin, formas del decir.
- Y una agonía.
- Una agonía interminable.
- La vida es una agonía interminable.
- Y por qué.
- Porque sí.
- Así de simple, porque sí, porque se me antoja.
- A ver los de enfrente, canten con nosotros.
- Los del costado, ¡vamos los del costado!
- ¡Vamos los acostados!
- ¡Vamos todos a acostarnos!
- Energía y vivacidad.
- Prenda con registro.
- Estufa y calefón.
- Ojales y botones.

-Sí, todo en absoluta armonía.

-La armonía es el espíritu de la materia.

-Y la materia es el espíritu del espíritu.

-No era para tanto, había que intentar algo y usted empieza a complicarlo.

-Es verdad. Pero yo sé muy bien que usted me perdonará, y no porque sea alguien indulgente, sino porque no tiene otra cosa que hacer.

-Es verdad.

-Como ve, todos tenemos razón.

-Y eso nos alcanza para ir a dormir.

-Usted, también.

-Y usted también.

-Everybody.

- Y ahora qué hace.
- Acallo mi conciencia.
- Y tenía conciencia.
- Como todo el mundo.
- Cambiemos de tema.
- Bien.
- Le propongo algo.
- Hombre, habérmelo dicho antes, me hubiera preparado.
- Permítame decirle que tengo que hablar con usted.
- Hombre, habérmelo dicho antes, me hubiera preparado.
- No se haga el tonto.
- Aflojando el misterio, no es la hora ni el lugar.
- Quiero callarme.
- Y cálese.
- No quiero hablar más.
- Y no hable más.
- Quiero que hable solamente usted.
- Y déjeme hablar a mí.
- Que hable usted, y se conteste.
- Está bien.
- ¿No le preocupa?
- En absoluto.
- Entonces de ahora en más, hablará usted solo.
- Ok.
- ¿Y?
- Y qué.
- No lo oigo.
- Estoy hablando conmigo mismo.
- Pero yo quiero que usted hable hacia afuera y que se conteste, quiero ver cómo es un hombre solo hablándose a sí mismo en voz alta. Y más que el hecho de hablar, me interesa particularmente...
- No use palabras tan largas.
- Me interesa particularmente lo que se conteste, quiero escuchar cómo usted, siendo usted mismo, se pone en el lugar de otro.
- De acuerdo.
- Empiece.
- 
- Vamos.

-Me da un poco de vergüenza.

-No sea chiquilín.

-Chiquilín de bachín.

-Empiece.

-Y de qué hablo.

-De lo que quiera, hombre. No sé, saludese. Dígase, por ejemplo, hola qué tal, cómo te va, y contéstese: bien aquí andamos y después pregúntese: por qué “aquí andamos”, ¿te pasa algo? y entonces el otro le cuenta una historia, pero una historia real, ¿entiende?

-Una historia real.

-Algo sin muchas vueltas: Un hombre sin trabajo, que tampoco quiere conseguirlo y miente a sus parientes diciéndoles que está muy deprimido por no trabajar, pero en realidad goza con eso y tanto insiste en su falsa pena que alguien le consigue (para su desgracia) un trabajo.

-¿Entonces?

-El hombre, sin mirar sus auténticos deseos, se emplea de inmediato para satisfacer esa imagen que ante los demás hizo de sí. Ocupado en su trabajo –reparte paquetes en una moto– reconoce que no está nada mal tener un empleo, solo que ignora que lo que llevaba en los paquetes son drogas ilegales.

-¿Drogas ilegales?

-Algo así, y cuando lo descubren va a la cárcel.

-Pobre hombre.

-No es tan pobre hombre.

-Y por qué va él a la cárcel.

-Porque sus patrones desaparecen.

-Es una moraleja estúpida.

-Pero.

-No, nada, nada.

-Pero.

-No sé para qué quiere que hable yo solo.

-Y si no habló.

-Pero estaba dispuesto a hacerlo.

-¿Y eso es lo mismo?

-Más o menos.

-Usted arregla las cosas con mucha facilidad.

-A propósito, hace una semana que no lo veo.

-Estuve ocupado.

-Usted, ocupado.

-Sí, trámites.

-Trámites, todavía hace trámites.

- Como todo el mundo.
- Qué sucede.
- No sé.
- Algo anda mal.
- Debe ser la presión atmosférica.
- Algo está perturbando esto.
- Otra vez el misterio.
- Cállese, que estoy pensando.
- Y eso qué tiene que ver.
- Estoy tratando.
- Pero...
- Quiero que se me ocurra algo.
- Y para qué.
- Algo tiene que suceder alguna vez.
- ¿Y los misterios cotidianos?
- Cállese.
- Eso que de a poco se aprende todos los días por el simple hecho de estar vivos.
- Termínela.
- ¿Puedo darle un consejo?
- Le pedí que se callara.
- En estos casos, conviene profundizar.
- ¿Profundizar?
- Es que parezco un loco hablando solo.
- Termínela.
- No busque lo que no está, porque lo que no está, no está.
- Cállese.
- Hay un tiempo y un lugar para que las cosas sucedan, sólo hay que encontrarlos o encontrárselo.
- De qué habla.
- ¿De qué hablas?
- ¿En qué piensas?
- Quieres hacer el favor de callarte.
- Termínela.
- No puedo callarme.
- Ese es el problema, usted no puede quedarse callado y eso me preocupa.
- No me traslade sus problemas.
- No son problemas, sino percepciones.
- Sonamo.

- Afloje la tanza, el pez tirará hasta cortar el hilo.
- Un pensamiento, muy bien.
- El pez morirá en el intento.
- Hmmm.
- Otros peces se lo comerán
- Hmm-hmm hmm-hmm hmm-hmm-hmm hmm-hmmm.
- Termínela.
- Y si le digo que ayer recibí una noticia.
- No me interesa.
- Una carta.
- No me interesa.
- Una carta cargada de noticias, noticias del mundo.
- No hay mundo, no hay noticias.
- Y otra vez la sencillez, el melodrama. Juan que ama a Pedro. Pedro, que no conoce a Juan, está enamorado de Eva.
- Todo en absoluta impunidad.
- Por favor no hablemos de impunidad.
- Entonces hablemos de legalidad.
- De credibilidad.
- Es lo que yo decía, hay que creer.
- También a veces es bueno perder el tiempo.
- Todo muy intencionado, muy controlado, señor.
- Relajémonos. Así, respiramos hondo una y otra vez, una y otra vez, ¿entiende?
- Lo sigo, lo sigo.
- Ahora pongamos la mente en blanco.
- Sí, en blanco.
- Blanco como un papel.
- Blanco como un papel blanco.
- Y ahora llenemos ese vacío con gratos pensamientos. Mermeladas de tías, caricias de mujer.
- ¿Madre, novia, esposa o amante?
- Es lo mismo. Después, un amanecer en el campo.
- Ah, el campo, qué tema ése.
- Un atardecer en el mar, vamos comprendiendo que la vida es hermosa.
- Ah, la vida, qué tema ese.
- No reflexionemos, carguemos la mente con imágenes, gratas imágenes, olvidemos toda violencia, todo trabajo.
- Eso, olvidemos todo trabajo.

- Y ahora...
- Un destornillador.
- ¿Un destornillador?
- Se acuerda que le conté que mi abuelo quiso suicidarse con destornillador.
- Pero su abuelo era una máquina.
- Más o menos.
- Hábleme de su abuelo.
- No lo conocí.
- Debe haber tenido dos abuelos, hábleme de uno de ellos.
- Ah, mi abuelo, qué tema ese.
- Vamos.
- Vamos subiendo la cuesta, que arriba en la calle se acabó la fiesta.
- ¿Sabe qué se acabó? La paciencia.
- Pero de eso hace rato.
- Dónde estábamos.
- ¿Dónde estábamos cuándo?
- Donde estábamos cuando estábamos.
- Siempre estuvimos.
- Estúpido.
- Usted será estúpido.
- No, digo, estúpido juego de palabras.
- Jugo de palabras.
- ¡Mozo! ¿Me trae un jugo de palabras?
- Y a mí una sopa de letras.
- Sumamente gracioso.
- Eximio.
- ¡Mozo! ¿Me trae un panqueque?
- Y a mí una pasta flora.
- ¿Flora o frola?
- ¿Flora o fauna?
- No es mala pregunta.
- ¿Le gustó?
- Un poco.
- Le avivó la sangre.
- Más o menos.
- Eso es lo que vale.
- Sí, yo lo valoro desde varios puntos de vista.

- ¿Otra vez los puntos de vista?
- No puedo evitarlo.
- ¡Qué pasó!
- Nada, desactivamos la indentación.
- ¿?
- Siga.
- Sigo.
- Siga siguiendo, así, como si nada.
- Está bien.
- Entonces.
- Entonces nada.
- Es lo que yo decía.
- Yo también.
- Vamos, siga.
- De qué habla.
- Qué se yo.
- Por un momento me perdí.
- Yo también.
- ¿Y?
- Y nada.
- Cómo se nota que para usted todo sigue igual.
- Hablemos de masturbación.
- Hoy no quiero.
- Mañana.
- Ayer. Ayer hablamos ¿se acuerda?
- Cómo olvidarlo.
- Tanto le gustó.
- Qué cosa.
- La charla.
- Ah, sí.

- Ya ha pasado una semana.
- Es verdad, y a mucha velocidad.
- Muy tonto.
- Cansador.
- Se lo nota algo obligado.
- Es verdad, y a mucha velocidad.
- Está usted sumamente gracioso.
- Y puedo serlo más aún.
- Lo digo por su bufanda.
- A propósito, podría indicarme la temperatura.
- 30 grados.
- ¿Y la humedad?
- 68 por ciento.
- Qué descuidado soy, olvidé que había empezado el verano.
- No le queda mal la bufanda, si no fuera por su cara.
- No entiendo.
- Pasemos a otra cosa.
- Una historia, cuénteme una historia.
- Es lo que yo me pregunto: ¿cuál será la historia?
- Algo como para entretener o explicar algo o enseñar algo, o mostrar algo, exprese hombre.
- Diré un poema.
- Muy bien.
- O no, diré un número.
- Mejor.
- Veintisiete.
- Muy bien.
- ¿Le gustó?
- Sí, veo que está muy situado en la realidad.
- Usted también se dio cuenta, no esperaba menos.
- A propósito, el otro día lo vi con una mujer.
- ¿A mí?
- Sí, a usted, lo vi con una mujer parecida a usted.
- Habría sido mi hermana.
- Pero si usted no tiene hermana.
- Pero como hermana no tengo.
- Por favor.
- Habría sido mi prima.

- ¿Tiene primas?
- Varias.
- hija. -Y por qué no una mujer que no sea ni su prima, ni su hermana, ni su madre y mucho menos su
- No son cosas que deba contarle.
- Y no le pedí que me contara nada.
- Pero hubo algún intento.
- ¿Le parece?
- Claro que me parece, y estoy ofendido.
- Siempre admiré de usted su capacidad para ofenderse.
- Espere, espere, me llega una visión.
- ¿Una visión?
- Claro como aquella de la calle Salta.
- La calle Salta.
- Estoy viendo una plaza seca.
- ¿Cómo esta?
- Más o menos.
- Y el edificio que está en esa plaza.
- Como el que tenemos atrás.
- Y creo que yo debería estar ahí, están sucediendo cosas que requieren mi presencia.
- ¿No será usted un superhéroe?
- ¿Le parece?
- suponga que es imprescindible. -Todo el proceso de visión y la creencia de que es alguien necesario hacen que usted mismo
- ¿Le parece?
- Sí, me parece.
- Y qué piensa usted de mí entonces.
- Nada.
- Cree que me estoy engañando.
- Me cansé de esta conversación.
- Pero, estábamos hablando de mí, eso es muy interesante.
- Para usted.
- ¿Habitamos un mundo despiadado?
- Más o menos.
- Y nos falta mucho.
- Tanto que todo parece imposible.
- Pero no lo es.

- Desde luego, además hay un compromiso de por medio.
- Y usted se acuerda de la vez que le presté la gorra.
- Cómo olvidarlo.
- Pero no nos desviemos del tema central.
- Cómo olvidarlo.
- Quizá estemos siguiendo un programa.
- Obviamente.
- Una casa bien hecha, vacía.
- Una búsqueda de poder.
- Hacer por hacer.
- Hacer, no quedarse quieto.
- Y para qué, qué cree usted que es lo mejor para mí.
- No sé.
- Le agradezco.
- Quizá, mirado desde el costado, esto no sea más que un gráfico de altibajos.
- No se me había ocurrido.
- A mí tampoco.
- Quizá esté diciendo estupideces.
- ¿Quién?
- Usted.
- Es un poco de falta de confianza en mí, nada más.
- Y eso lo hace, de alguna manera, sacrificado.
- Más o menos.
- Está muy veloz hoy.
- Más o menos.
- ¿Dónde estábamos?
- En un punto sin retorno.
- En un camino irreversible.
- Diga por favor lo que tenga que decir.
- No quiero, sólo tengo una visión desencantada.
- Dígame algo y yo le diré otra cosa.
- Hoy por hoy es muy poco lo que se puede decir.
- Pero lo diremos.
- Por supuesto.
- Dónde estábamos.
- Estábamos en el corazón.
- Un hombre que entregó su corazón.

-A una mujer.

-No, a un vecino. Fue a su casa y le dijo a su vecino que le entregaba el corazón.

-Y por qué eligió a su vecino.

-Porque sólo quería entregar su corazón, sin importarle a quién.

-Qué un romántico.

-Qué estúpido.

-Un hombre sin corazón.

-Ya lo creo.

-Y así vivió.

-No, no vivió mucho, sin corazón es difícil.

-¿Qué le pareció?

-Que nos salió un poco fluo, un poco pop, flautita.

-Y qué quiere.

-Algo más hard.

-Bien. Ahí va.

-Pero la puta que lo parió.

-Bueno, no tanto.

-Váyase a la concha de su abuela.

-Ha nombrado usted a mi abuela, inspiradora de todo esto, déjeme que me ponga de pie y le rinda un sincero homenaje.

-Vamos, vamos.

-Dónde estábamos.

-En la casa de su abuela.

-No había tal casa.

-Y qué había.

-Un abuela, una abuela que contaba historias.

-¿?

-Fue una licencia.

-Demasiada licencia para la hora.

-A propósito, qué hora es.

-Las cinco.

-¿Las cinco?

-¿Le parece muy tarde?

-No sé.

-Entonces.

-Qué hacemos.

-Vamos a observar.

-Bien.

-Hagamos un inventario de las cosas que suceden.

-Y otro de las que no suceden.

-Yo hago el de las que suceden.

-Empiece.

-Hay sol.

-Bien.

-Una mujer con bolso.

-Es verdad.

-Un perro corriendo detrás de una paloma.

-Todo es cierto, muy bien.

-Ahora usted.

-No hay automóviles.

-Okey.

-¿Okey?

-Yes.

-Termínela.

-No hay árboles.

-Estoy de acuerdo.

-No hay nada.

-Eso no es tan así.

-Huy, huy.

-Perdió.

-Y ahora.

-Otra vez el desencanto.

-Por qué un hombre como usted tan animado, tan atrevido a cosas insospechadas, cómo puede decirme que está desencantado.

-No sé.

-No se haga el tonto, siga.

-Las cosas me están pesando. Tengo ganas de salir a patear culos.

-No se ponga así.

-Y cómo quiere que me ponga.

-Téngase fe.

-Y me la tengo, pero se me escapa, la fe se me escapa, se me va en rutinas.

-¿Y eso le provoca alguna cosa?

-Desesperanza.

-Me voy.

- 
- Hace bien. Yo también tengo ganas de irme.
  - Quiere hacer el favor de ponerse firme. De tomarse el pene con la mano y mostrarlo.
  - ¿Otra vez?
  - Claro que otra vez.
  - Se acuerda ese día que lo mostré.
  - Me acuerdo.
  - ¿Cómo estuvo?
  - Pésimo.
  - No me desanime.
  - Le digo la verdad, estuvo pésimo.
  - Y ese es el único comentario que puede hacerme.
  - Ya sabe usted como son estas cosas. Después de jubilarme, me prometí ser un hombre parco y sincero.
  - Quiere decir que antes de jubilarse era un charlatán.
  - Más o menos.
  - Todo es más o menos.
  - Sí, todo es más o menos.
  - Ya lo creo.

- Es un domingo como cualquiera.
- ¿Qué mira?
- Las cosas que se me han ido de las manos.
- ¿Y qué tenía en las manos?
- Un sándwich.
- Se lo habrá comido.
- Con razón.
- Nunca sabemos qué nos comemos, y sin embargo nos comemos un montón de cosas.
- Yo sé de hombres que se han comido montañas.
- Sí, yo también.
- Hoy no estoy tranquilo.
- Y por qué iba a estarlo.
- Sé que debo hacer algo y no sé qué es.
- Nunca se sabe.
- Yo estoy olvidándome de algo, de un camino que debía continuar, un camino correcto.
- Un camino recto sin pérdidas de tiempo.
- Claro, el mejor camino.
- Caminante...
- Váyase al carajo.
- No se ponga así.
- Sí, estoy seguro de estar perdiendo el tiempo y también estoy seguro de no poder evitarlo.
- Entonces.
- Destapemos una sidra.
- No traje.
- ¿Y ese bolso?
- Es ropa, llevaré mi ropa a lavar, me he peleado con mi mujer porque quería que yo lavase la ropa.
- Y usted no quería.
- No quería ropa limpia, quería ropa sucia.
- Ay, ay.
- Y ahora.
- Siento la condena sobre las espaldas.
- Hombre, no se torture, o mejor, sáquese esa campera que debe pesar mil kilos.
- Con razón.
- Todo parece tener una explicación física.
- Es verdad.
- Cómo vamos.
- Avanzamos, estamos yendo muy lejos.

- Y ahora.
- En un raptó, me olvidé de mí y fui otro.
- ¿Y eso es malo?
- No sé.
- No conteste “no sé”, arriéguese un poco.
- No sé.
- Siguen los fantasmas.
- Sí, siguen los fantasmas, fantasmas supra reales.
- Bah, bah.
- Mejor dejemos a mis fantasmas, hablemos de los suyos.
- Nunca tuve fantasmas.
- Aunque sea uno chiquito.
- Ni chiquitos ni grandes, los fantasmas no existen.
- Algo anda mal.
- Sí, ya lo sé.
- Un cierto desapego.
- No hay estímulos, sobran o faltan conflictos.
- Yo pienso que hay un desplazamiento, un desplazamiento hacia otras áreas.
- Y quizá una preocupación en esas áreas.
- O, si no, hemos congelado el problema emocional y usted sabe cómo son los problemas emocionales.
- Ayer, plagado de fantasmas, hoy plagado de compromisos.
- ¿Y el placer?
- Está vivo.
- ¿Y los fantasmas?
- También.
- Pensé que hoy hablaríamos de otra cosa, mire.
- Sí, yo también, hasta había preparado un tema.
- Usted y sus temas.
- Es verdad, preparé “la verdad”.
- ¿La verdad?
- Sí, y déjeme decirle algo: yo creo en la verdad, en la verdad absoluta.
- Mejor hablemos de otra cosa. Hoy es domingo.
- Pienso que hay parámetros personales donde sobrevive la certeza y sólo requieren tiempo.
- No diga estupideces. ¿Y esa gente?
- Salen de la parroquia.
- Cómo no fuimos a misa.

-Yo estaba por ir, pero me encontré con usted y...

-Yo también pensaba ir, es más, tenía que pedir por mí.

-Hombre generoso.

-Quería pedirle a Dios que me ayudara.

-Hombre desesperado.

-Quería que me permitiera sobrevivir, para seguir gozando de la vida.

-Hombre estúpido.

-Quería también agradecerle por todos estos años de felicidad y bonanza.

-Más estúpido.

-Sabe qué yo he respirado y he respirado mucho.

-Y eso qué tiene que ver.

-Siempre me ha ido bien y logré todo lo que ambicioné de la vida.

-Menos ir a misa.

-Hablo en general. Un día quise ser bombero y lo logré, quise ser marinero y no le cuento, casi llego a capitán.

-Está bien, vamos a tomar un helado.

-Pero si estamos en invierno.

-Usted estará en invierno.

-Pero qué día es hoy.

-Hombre perdido.

-Yo vivo tan intensamente que me he olvidado del almanaque.

-Le regalaré uno. Tengo uno con chicas desnudas.

-Con lo que me gustan las chicas desnudas.

-¿Le gusta el helado?

-Claro que me gusta.

-Sí, pero igual vamos muy mal.

-Es un desgaste natural.

-¿Le parece?

-Puede quedarse tranquilo, donde hubo fuego quedan cenizas o no queda nada, porque a las cenizas se las lleva el viento, ¿me entiende?

-Sí, y me parece medio tarado.

-Bueno, está bien.

-Pero vamos a decir que aunque a las cenizas se las lleve el viento, las cenizas permanecen, ya como cenizas, ya transformadas en otra cosa, mi querido profesor.

-Es verdad, mi querido amigo, todo permanece, aún lo que no permanece.

-Y así nos reconocemos.

-En el oscuro mirar.

-En el monte, la montaña.

- En el valle o en el mar.
- ¿Será así?
- Tal vez, tal vez.
- Nos estamos animando.
- Es verdad.
- Y estamos coincidiendo.
- Poco a poco convergemos.
- ¿No será que somos uno solo?
- No será que somos uno en la diversidad.
- Qué pasó.
- Un susto, nada más, sigamos.
- Pero fue un gran susto.
- Sí, algo se puso muy mal, empezó como con un dolor de panza, todo se borraba o se congelaba, yo pensé que estaba muerto.
- No está muerto quién pelea.
- Lo demás es silencio.
- No se haga el vivo.
- Y no me dijo que.
- Sí, pero una cosa es estar muerto y otra es estar demasiado vivo.
- Mire quién habla.
- ¿Quién?
- Usted, que siempre se hizo el vivo.
- No me ponga cosas encima.
- A propósito, quiero contarle que estoy muy preocupado.
- Hable pues.
- Me han dicho.
- Sí, diga.
- En fin.
- Hable por favor, lo estoy esperando con la ansiedad con la que se espera un colectivo.
- Vaya poeta.
- Sí, qué se yo.
- Presagios.
- ¿Presagios?
- Malos presagios.
- ¿Malos presagios?
- Dedicatorias.
- ¿Malas dedicatorias?

mal.

-Hermosa taradez.

-Bueno, ahora comienza el tiempo de ir mal.

-Relájese por favor, cuénteme.

-Le estoy contando.

-Trate de ser más preciso.

-¿Más preciso?

-Claro, más detalles, de qué está hablando específicamente. Porque de la manera que lo hace entiendo que recubre o, lo peor, sí, lo peor, encubre, encubre no ya a una persona sino una situación. Dé nombres, lugares, describa a los personajes, tómese un tiempo para hablar de ellos, y si quiere no respire, hable sin pensar, como si estuviera hablando consigo mismo, ¿entiende? Esta es su oportunidad, quizá la última, usted dará un salto a la libertad para encarcelarse de nuevo en su propia historia. Cómo le explico, uno abre puertas, puertas que atraviesa, pero nuevas puertas se presentan y necesariamente debe abrirlas, la última puerta da a un abismo.

-¿Puede empezar de nuevo?

-Anímese, hombre, haga de cuenta que esto es una mesa de póker.

-Una mesa de póker.

-Y de qué estuvimos hablando.

-Yo sólo sé jugar al truco.

-Quiero retruco.

-Quiero vale cuatro.

-Sabía que me lo cantarías, lo sabía.

-Arriesgue si quiere ganar.

-No, no quiero.

-Hubiera ganado, mire mis cartas.

-Es verdad, pero prefiero la prudencia al triunfo fácil.

-Con lo lindo que es el triunfo fácil.

-Sí, yo también sé que es lindo el triunfo fácil.

-Entonces.

-Juguemos a otra cosa. Qué le parece una escobita.

-No, no me gusta.

-Un chinchón.

-Quiere que le cuente el origen del chinchón.

-No me diga que lo conoce.

-No, pero sería lindo saberlo.

-Qué lástima, con lo lindo que es saber el origen de las cosas.

-Sí, y los primeros principios.

-¡Uh!, sí yo supiera los primeros principios ni me ocuparía de las últimas causas.

- Qué cosa ¿no?
- Qué curiosa es la vida.
- Sí, a mí siempre me pareció curiosa.
- Un objeto de estudio.
- Desde luego.
- La vidología.
- Vidología. Ciencia de la vida, madre de las ciencias.
- Veo que vino cargado.
- Sí, estoy un poco cargado.
- O cagado.
- Sí, también un poco cagado.
- No se baña.
- No, no es eso, lo que pasa es que no me lavo bien. Tengo unos pliegues que siempre quedan sucios.
- Ah, los pliegues, qué tema ese.
- Sí, a mí me gusta hablar de los pliegues y los repliegues.
- Sí, yo me paso horas pensando en eso.

- Entonces usted me estaba contando qué había comido.
- Sí, como le decía, comí un bife con fideos.
- Y le gustó.
- Sí, porque después del bife y los fideos comí una naranja y todo lo acompañé con vino blanco.
- Me imagino.
- Quedé bastante satisfecho, con esa sensación de estar repleto. Pero sabe qué, yo cuando como mucho enseguida pienso que en el mundo hay hambre.
- Sí, yo también.
- Entonces logro que la comida me caiga mal.
- Ah, yo también.
- Y por las dudas vuelvo a comer y trato de no pensar.
- ¿Y?
- Como ingiero demasiado me sigo sintiendo mal.
- Qué bien.
- Es una contribución que hago a la humanidad desde mi humilde lugar.
- Qué prohombre.
- Sí, después me voy a dormir.
- Y sueña.
- Siempre soñamos. Yo generalmente sueño con algún número para jugar a la quiniela.
- Pero qué bárbaro.
- Pero nunca acierto.
- Mejor.
- Claro, porque eso de fracasar permanentemente hace que siga intentando.
- Generalmente, permanentemente.
- Sí, todo es así.
- ¿Quiere que le cuente algo?
- Para eso estamos, hombre.
- Yo no hago nada de lo usted hace y sin embargo también quiero ganar la quiniela.
- Muy bien.
- Sí, a mí también me parece bien.
- Creo que hemos superado algo.
- Algo que nos tenía mal.
- Ese susto, ¿se acuerda?
- Cómo olvidarlo.
- Cómo olvidarlo.
- Si es tan sencillo acordarse.
- Tan fácil.

- Y ahora podemos disfrutar de la tranquilidad.
- Del sosiego.
- Sosegadas las almas, quietos los pies, secas las axilas, podemos empezar a pensar.
- Claro, hombre, pensemos.
- Pensemos todo el día, sin mirar atrás.
- Con lo que cuesta mirar atrás.
- Dar vuelta la cabeza, reconocerse apenas en el pasado cuando uno ni siquiera sabe quién es hoy.
- O cómo es. A mí cuesta saber cómo soy, o cómo son las cosas.
- Pero mejor dejemos eso para otro día, hoy hay demasiado sol, demasiadas palomas revoloteándonos, tengamos un poco de confianza.
- Sí, y tengamos paciencia.
- Claro, con paciencia y saliva.
- Nos cogemos hasta las hormigas.
- Y hablando de coger, ¿cómo anda usted?
- Usted recordará que estoy casado.
- Sí.
- Pero que además tengo dos o tres amantes.
- Sí, lo supe, aunque a su edad es poco creíble, y eso de dos o tres amantes merecería una precisión.
- Pongamos dos.
- No es más que una fanfarronería barata propia de su sentimiento de inferioridad.
- Es verdad, no debo hablar de eso.
- Pero coge o no coge.
- Y eso qué tiene que ver.
- Es que estamos hablando de coger.
- Podemos hablar de tantas cosas.
- Así no podemos seguir, ya nadie nos quiere.
- Menos mal que no hemos dicho nada inteligente.
- Nada que nos comprometa.
- Tampoco dijimos nada verde.
- Ni nada azul.
- Ni las musas han venido a visitarnos.
- Pobres musas.
- Más que pobres, empobrecidas.
- No sabe las ganas que tengo de callarme.
- Por qué callar todo eso que tiene guardado.
- Justamente porque no me queda nada guardado.
- Ni siquiera un secreto.

- Ni siquiera un secreto.
- Qué pena, porque si usted me contaba su secreto yo podría haberle contado el mío.
- Es un juego poco interesante, pero lo seguiré. Qué pena, con lo que cuesta guardar un secreto.
- Se nota que hoy está inspirado.
- Más que inspirado, tranquilo como agua de tanque.
- Podrido como agua de tanque.
- Más o menos.
- No será que quiere desaparecer, hacerse nada.
- Más o menos.
- Creo que lloraré.
- Haga lo que quiera.
- Pero entonces, ¿es cierto que está preocupado?
- Más que preocupado, subocupado.
- ¡Ah!, trabaja.
- Sí, ¿y?
- Un subocupado tiene esperanza, pero un ocupado ha perdido toda esperanza.
- Sí, porque la esperanza es lo último que se pierde.
- Por supuesto.
- Usted también vio pasar ese gato.
- Sí.
- No nos asustemos.
- ¿Y por qué íbamos a asustarnos?
- Qué pregunta más rara.
- No le corresponde calificar mi pregunta, sino responderla.
- Usted no es quién para decirme lo que me corresponde o no me corresponde.
- Todo sigue igual.
- Complicado.
- Tenebroso.
- Maldito, siempre lo mismo.
- Tenemos que atrevernos a cruzar el río.
- Qué río.
- Es una manera de decir, como tantas otras maneras de decir.
- ¡Ah!
- Se dio cuenta, por fin se dio cuenta.
- A propósito.
- Dígame.
- No, mejor no.

-Vamos.

-No, no.

-Qué manera de comportarse es esa.

-Una manera muy mía, como tantas otra maneras mías.

-Manías.

-No, maníes.

-Con lo rico que son los maníes.

-Y lo mal que hacen.

-Depende.

-Todo depende, pero cuando uno llega a cierto estado de desesperación, parece que hubiera un último recurso.

-Y yo que soy medio idiota.

-La rama en la correntada que nos arrastra hacia un destino incierto.

-Está mirando muchas películas.

-Sí, hay películas que acaban de decirme quién soy.

-Una de jubilados.

-Exacto.

-Hombre, ha llegado usted a una definición tan acabada de mí que tengo ganas de morirme.

-Siempre lo más sencillo.

-Hábleme de su madre.

-Me apañaba.

-Eso se nota.

-Era tan fácil de engañar.

-Muy crédula.

-Una buena persona, buenos sentimientos, ganas de hacer las cosas bien, un poco blanda, pero bien.

-La guitarra en el ropero.

-Déjeme hablar con la seriedad que lo estoy haciendo, creo que hoy vamos a llegar a una conclusión.

-Si es por eso, todos llegamos a una conclusión.

-Todos, alguna vez, ponemos en juego algo, arriesgamos.

-Ay, ay, ay.

-No se haga el.

-El qué.

-El que no entiende, no se haga el que no entiende.

-Cree que yo puedo simular ignorancia a esta altura de los acontecimientos.

-Sabe muy bien de qué le hablo.

-Claro que lo sé, pero no por eso tengo que arriesgar.

- Nadie le pidió nada.
- Y no se haga el hermético.
- Pensé que estaba hablando con otra persona.
- Y me sigue tomando el pelo.
- Pero lo hago con tranquilidad.
- Entonces debemos preguntarnos: ¿Es la tranquilidad una virtud o un anhelo?
- No se desvíe.
- Le hice una pregunta.
- Y qué se yo.
- Parece que hoy nada le interesara.
- No es verdad. Estoy sumamente preocupado por los demás, por las pocas cosas que doy a los demás.
- Todo para usted.
- Ni siquiera.
- Un hombre improductivo.
- Perezoso.
- Pérez anda, Gil camina, tonto será el que no lo adivina.
- Sin embargo, veo que usted mantiene una lucidez implacable.
- En efecto, y me divierto con eso.
- Fácil diversión, mala diversión.
- Le seré honesto, la mía no es una diversión sencilla sino económica.
- Barata.
- Barata.
- Pobre.
- Humilde, sencilla, pero eficaz. A la hora de reírse, todos se ríen.
- Me imagino.
- Oiga, que yo he hecho reír a mucha gente.
- Me imagino, con verlo nomás, usted da risa.
- Cuán superficial puede ser usted sin proponérselo, da qué pensar.
- Piense todo el día si quiere, yo me iré a dormir una siesta.
- Ah, todo seguirá siendo lo mismo por los tiempos de los tiempos.
- ¿Me puede decir la hora?
- Las quince y cinco.
- Hora de dormir la siesta, insisto.

-Y cómo fue que pasó del encanto al desencanto.

-Si quiere saber eso, tengo que volver a hablar de las cosas nuevas y de las cosas viejas.

-Cómo sería un manifiesto de los desencantados.

-No sé, primero deberíamos saber cómo fueron encantados.

-Es muy fácil encantar a una persona, primero se deben hacer ciertos movimientos con las manos, así ¿ve? Después debe hablarse, decirse unas palabras especiales.

-¿Mágicas?

-No, poco frecuentes. Algo así como “pararrayos”.

-¿Pararrayos?

-Sí, pararrayos, por ejemplo, genera una duda ¿va con ere o con erre? Inmediatamente la persona queda, a nivel consciente, pensado en ese objeto, a nivel inconsciente, se le genera una duda, esa duda produce un vacío. En el vacío no hay espacio para la reflexión, pero hay un lugar, un lugar adonde van a parar otras palabras, que no se piensan y se acumulan para ser reelaboradas más tarde. Uno ha quedado prendido de aquello que está entre la falta de entendimiento y la duda. En bambalinas, crecen a manera de enredaderas esas palabras que intentan encantar al sujeto, orientarlo hacia cierta voluntad y lo consiguen porque el sujeto carece del tiempo necesario para reflexionar. Cuando el tiempo de la posible reflexión se cumplió, el hombre ha sido encantado. Todo es una cuestión de tiempo, ¿se da cuenta?, el hombre ya está preso de esas palabras orientadoras. Entonces, ¿dónde estábamos?

-Qué se yo, en el pararrayos.

-En el encantamiento, más tarde vendrá el desencanto. Las sirenas enmudecerán.

-Faaaa. ¿Y?

-Y nada, otras cosas lo encantarán.

-Entonces ¿cómo se escribe pararrayos?

-No sé. Creo que con rr, si escribimos la palabra toda junta y con r si la separamos.

-Claro, todo es una cuestión de tiempo.

-Tiempo y esfuerzo, el país los necesita.

-Es cuestión de embrollar nomás.

-Más o menos.

-Sabe qué, hoy he aprendido algo, pero tengo un problema.

-Confíeme su problema, trataré de ayudarlo.

-Tengo hambre.

-Para el hambre no hay pan duro.

-Ni pan tenemos.

-No, pero nos queda una lata de sardinas.

-Hablamos como si nos hubieran echado del paraíso.

-Solo nos falta un abrelatas.

-La suerte está echada.

-Es verdad, pero antes contésteme una cosa. ¿Por qué todo junto se escribe separado y separado todo junto?

-De qué se trata esto, de una payada.

-No, simplemente quería evidenciar las diferencias.

-Estiremos.

-Un silencioso camino debemos recorrer para llegar a la meta.

-Que no es otra que más silencio.

-Hemos establecido las metas, es un primer paso, ahora debemos pensar en la lógica comercial, es decir, ¿cómo hace dinero este negocio?, luego debemos entender las circunstancias que rodean al negocio, ver cómo actuamos nosotros y la competencia, más tarde fijar los planes de desarrollo, comunicarlos y por fin lograr los cambios que nos habíamos propuesto.

-De qué está hablando.

-Acabo de darle una elemental lección de formulación de estrategias y usted me mira como si le estuviera vendiendo un paraguas.

-Es que hijo, me ha sorprendido.

-Se hace el sorprendido, es lo que tendríamos que haber hecho desde un principio.

-Usted sugiere que nos fuimos en aprontes.

-Es muy evidente, parecemos mujeres peinándonos para una fiesta.

-Pero la fiesta terminó.

-De ningún modo, la fiesta recién comienza.

-Pucha que vengo distraído. Me hizo acordar del día que estuve en el río.

-¿Usted navegaba?

-Remaba.

-¿Y ahora?

-¿Ahora qué?

-Lo sigue haciendo, ¿rema?

-De vez en cuando.

-No parece ser usted un hombre con físico para el remo.

-Sin embargo estuve a punto de competir.

-Me estaba contando algo de un descuido.

-Ah, una distracción. Cierta día.

-Cierta día.

-Bueno, me acuerdo que un día yo estaba navegando con mi bote en el río, era una canoa pequeña que le había comprado a un pescador por monedas, todavía no estaba pintada de blanco y rojo, porque soy de River, sabe, de corazón, como uno debe ser cuando se es hincha da fútbol.

-Palabras.

-¿Usted conoce el sistema de navegación del río? ¿Sabe que para cruzar a la otra orilla, es necesario remontar la corriente y luego seguirla dejándose llevar, direccionando el bote?

-Cualquiera sabe eso.

-Es otro ámbito, otra realidad y sin embargo estamos aquí, usted y yo como si nos reencontráramos después de meses, y sin embargo hace unos pocos días que no nos vemos, casi horas le diría.

-Siga.

-No, era eso nomás, para qué agregar.

-No me diga qué está triste.

-Y... un poco.

-Usted no parece un hombre triste.

-Vio que cara de contento que tengo. Es como un tic. Como si fuera un hombre sin problemas.

-No me diga que usted tiene problemas.

-La verdad que no.

-Entonces por qué está triste.

-Y será porque no tengo problemas.

-¿Y no le da vergüenza?

-Qué cosa.

-No tener problemas, o estamos hablando de otra cosa.

-A lo mejor estamos hablando de otra cosa.

-Ya me parecía, siempre lo mismo. Uno cree estar acá y está allá, cree que las cosas son blancas y resulta que son verdes.

-Es como para escribir una novela, vea. Algún día me decidiré y escribiré una novela.

-Qué gracioso.

-Es verdad, déjeme reírme, déjeme que salga de mi melancolía.

-Melanculeado, decían en mi casa.

-Eso es más gracioso, pero no alcanza.

-Nada nos alcanza.

-Ni siquiera el orden.

-Y eso que estuvimos ordenándonos.

-Yo creo que estamos lanzados nuevamente a la aventura.

-Y tampoco alcanza.

-Si yo escribiera una novela, le pondría: nada alcanza, mucho menos lo que no alcanza.

-Pero quiere que le diga una cosa, hoy lo veo más animado que ayer.

-Otro día hablaremos de ese tema.

-Siempre para después, todo para después ¿y después?

-Después lo de siempre.

-El aburrimiento.

-El aburrimiento tarda, pero llega.

-Es como la justicia.

-Sí, la justicia también es aburrida. Qué aburrida sería la vida si fuera justa.

- Qué cansador puede resultar usted. Y eso que está anocheciendo.
- Qué le parece si nos tomamos un café.
- Pero claro hombre, cómo no se me había ocurrido.
- Un café corto nomás, sin azúcar.
- No, mejor, hablemos de esquemas.
- Esquemas... no estudié hoy.
- Esquemas.
- ¡Ah! Los viejos esquemas.
- Modelos.
- ¡Ah! Los viejos modelos.
- Formas de vida.
- Formas de muerte.
- ¿Sabe qué me viene a la memoria?
- Qué.
- Nada. No me acuerdo de nada.
- Y eso que a usted le gustan los sacrificios.
- Y los orificios.
- Sí a mí también me gustan los orificios. Pero no lo digo, a ver si piensan que yo.
- Es un simple buscador de orificios.
- Exacto, sería muy triste.
- Más triste es pedir prestado y no devolver.
- Hablando de devolver. ¿No tenía usted una bufanda mía?
- Por supuesto.
- Y cuándo me la va a devolver.
- En esos casos debe decir, cuándo me la devolverá.
- De acuerdo, cuándo me la devolverá.
- Nunca.
- Eso es lo que admiro de usted, su falta total de compromiso.
- Vio qué bien lo hago.
- Sin vergüenza.
- Sin vergüenza como en tu casa, decía mi tío cuando me ofrecía galletas.
- Masitas, qué galletas.
- No hay ninguna cita, ninguna referencia.
- Estamos tan lejos de las citas. Sobre todo de las citas citables.
- Un horror.
- Déjeme vivir, hombre, todos sabemos de lo que hablamos.
- Pero pareciera que no, que no sabemos.

-¿Falta mucho?

-¿Para qué?

-Cómo para qué. Para terminar hombre. Esto debe terminar algún día, debe volar muy lejos a un lugar donde nunca llegue.

-Hombre, me ha salido poeta.

-No, simplemente expreso mis sentimientos.

-¡Opa! Dele nomás.

-Quisiera que esto acabara, solamente para reencontrarme conmigo.

-¡Eso!

-A usted, francamente, parece no preocuparle nada.

-Es una postura que adopto cuando estoy desesperado.

-¿Sabe qué es usted?

-Por supuesto, soy un hombre, un jubilado, atento a las vicisitudes de la vida, un enamorado del sol, de la vida, de las estrellas, de las noches de vino tres cuarto, etcétera.

-Un rotundo fracaso.

-Más vale un rotundo fracaso, que una banalidad competente.

-Y dale con las citas.

-Más vale una cita acertada, que te acierten en una cita.

-Un pelotudo.

-¿Es verdad que le parezco un pelotudo?

-A veces sí y a veces no.

-Y cuando no.

-Y... nunca mire, usted no es más que un pelotudo.

-Esa pausa Y..., de terror. Ese gesto descalificador, pelotudo, un pelotudo, como si todos fuéramos unos pelotudos.

-Demasiado pelotudos para mi gusto.

-Yo más que pelotudo, soy boludo.

-Esos chistes... habiendo tantas cosas para hacer en el mundo.

-Cuénteme un caso.

-¿Un caso?

-Cierta acontecimiento que ocurrió una vez.

-Me voy a dormir.

-Sabe que no me canso de pensar que usted no es más que un hombre pequeño.

-Alto no soy.

-¡Oye pequeño hombrecillo!

-Hm.

-Volviendo al tema que nos convoca.

-Ah sí, me acuerdo. El motivo de la reunión. El orden del día. Hablemos del orden del día.

-Siempre al fondo de las cosas, ¿eh? Viejo zorro.

-No intente evadir esta conversación por favor.

-Me había olvidado que estábamos hablando.

-Usted y sus oportunos olvidos, usted y su manía de complicarle la vida a la gente, usted y su mal aliento. A veces me pregunto de dónde vendrá el mal aliento de este hombre: ¿de la boca?, ¿tendrá la boca podrida?, o del estómago, demasiada acidez, languidez estomacal. ¿Usted nunca se dio cuenta el aliento que tiene? Es una mezcla de perro sucio con surubí podrido. Y sabe qué es lo peor, que hablando un rato uno termina acostumbrándose y hasta parece normal. Cómo es posible que uno se acostumbre a estas cosas. Oiga, coma algo, lávese la boca o, no sé, vaya a un dentista, pida ayuda. Usted no se da cuenta que la gente cuando quiere acercársele termina por un segundo retirando la cara y diciendo con un gesto váyase a la mierda. Ayer lo vi con esa viejita que pedía limosna, la viejita, pobre, se acercó con esa falsa bondad que tiene, y mire que es una vieja que no se debe bañar ni que la maten, sin embargo, cuando usted le habló fue como si a ella le cayera granizo negro. La vieja puso una cara como si le hubieran tironeado los pelos del culo con los dientes. La verdad es que me cuesta decirle esto, en estas cosas soy bastante cuidadoso, pero me cansé, qué feo es su aliento, que feo es usted, si la naturaleza hablara, lo putearía, y lo putearía con razón.

-Y dale con la banalidad. Siga probando, en una de esas la emboca.

-Hemos probado muchas cosas, sin embargo muy pocas dieron resultado.

-A qué se refiere.

-Si supiera.

-Porque es verdad, no nos cansamos de probar, pero en algún momento esto tiene que terminar, y cuando termine haremos una profunda reflexión. Y será una reflexión tan prolongada que probablemente ni usted, ni yo, ni nadie, llegaremos a conclusión alguna, con lo cual, estimado amigo, habremos reconocido que en estos casos nada termina ni comienza.

-A qué se refiere.

-A que hay que darle para adelante, sin desmayos.

-Yo nunca me desmayé, o sí, una vez practicando box, me pegaron un tortazo acá ¿ve? Y no me caí, pero se me nubló la vista y quedé medio preparado para otro tortazo que al ratito nomás vino y ahí sí que caí.

-Ve, esa una historia que merece ser contada, permítame un aplauso, un aplauso breve.

-Perdón, pero ¿a qué se refiere?

-A que es necesario, a veces, aplaudir.

-Honestamente, más que aplaudir me gusta que me aplaudan.

-Bueno, son formas de ver la vida.

-No es ninguna forma de ver la vida, es la verdad.

-Es tan fácil decir una verdad. Cualquiera la dice, cualquiera cree que lo que dice es verdad.

-Y si mejor nos tomamos un vermohutsiyo.

-¿Quiere que vayamos a un bar?

-Obvio.

-Puedo invitarlo a mi casa.

-Usted tiene casa.

-¿Usted, no?

-Sí, también. Yo soy mi casa.

-Sonamos con la casa.

-Pero estuve bien ¿no?

-Yo diría mejor que estuvo medio pelotudo.

-Algo es algo.

-Algo es algo dijo el diablo y se llevó un obispo.

-Vengan santos milagrosos, vengan todo en mi ayuda, y así.

-Aro, aro, aro. De la punta de aquel cerro venía cantando un perro y en el canto decía ¡guau!, ¡guau!, ¡guau!

-Por favor.

-Esta mañana me levanté con un pensamiento que traje de anoche.

-Vaya, vaya.

-Más que un pensamiento, es una reflexión.

-Ya ha creado la suficiente expectativa, diga de qué se trata y pasemos rápidamente a otra cosa.

-Bien, sabe qué pensé.

-No.

-Que estamos viejos.

-Podríamos hablar horas de eso y yo anoche no dormí, tengo sueño. Vengo durmiendo salteado.

-Justamente, en la vejez se duerme menos.

-¡Uh!

-Un anciano duerme entre cinco y seis horas.

-A veces me pregunto para qué vengo acá, por qué tengo que escuchar esto, con tantas otras cosas interesantes para hacer.

-¿Por ejemplo?

-No sé, comprarme un perro y sacarlo a pasear. Tengo un amigo que se compró uno, uno de raza, bien polentudo, el tipo en la calle tiene un éxito bárbaro porque la gente, sobre todo las mujeres que son más sensibles, se lo elogian. El no se da cuenta que lo que elogian es al perro y no a él, pero usted viera, él cree que por ser dueño tiene su mérito y lo peor es que está tan engreído que no le da bola a nadie, ni a su mujer. Yo creo que si le dan a elegir seguir con el perro o con la mujer, se queda con el perro.

-¡Aja! Tener o ser, qué tema ése.

-Oiga, deje de buscar sentido o algo por el estilo, deje de joder con reflexiones o temas, ubíquese. Yo sé que la tentación es grande, pero...

-Qué adulto ha venido hoy.

-¿Le parece?

-Una corrección, una estampa, hombre, usted tiene razón, ha llegado a un punto en su vida que ya no está para estas cosas.

-¿Le parece?

-Yo que usted me compro el perro, y listo.

-Bah, si algo aprendí en la vida es a no tener fe. Y tengo tanta fe en no tener fe, que debo replantearme si no es necesario a veces tener un poco de fe, por lo menos para matizar.

-Yo, sin embargo...

-Si va a decir una boludez, no la diga, ya le dije que vengo medio complicado, poco tolerante, ¿sabe? Mire, yo sé que estoy viejo, que no me queda mucho por hacer, pero a la vez me estoy convenciendo en eso de ser práctico. Es más, estoy practicando la practicidad, la cosa así, seca, ya está, a la mierda, a la bosta, como dicen los cordobeses.

-No me diga que vivió en Córdoba.

-Nunca le conté.

-No.

-Otro día, ¿qué carajo quiere saber?

-De Córdoba, cuéntese algo.

- ¿Otra vez? Dígame, nunca se preguntó cuál es la misión de su vida.
- No, no sé, no tuve tiempo. ¿Es necesario?
- Algo me debe pasar hoy.
- Sí, está un poco solemne, tipo himno nacional. Sinceramente, lo desconozco, usted que parecía un tipo tan tranquilo.
- ¡Estoy tranquilo!
- ¿Ve? Ése es un típico tic de comedia. Se dice una cosa, pasa otra, los muchachos se entretienen, y bué.
- Boludeces.
- Sí, boludeces, pero.
- Siempre hay un pero.
- O un perro, y no me diga que no estuve bien.
- Estuvo bien.
- ¿Y en el fondo?
- En el fondo qué.
- Je, en el fondo a la derecha, hombre.
- Todo es un abuso. Hoy todo es un abuso.
- Pero entonces, mi Dios, de qué estamos hablando.
- No hacemos otra cosa que hablar de Economía. De economía con mayúsculas, ¿me entiende?
- Pero, entonces, ¿todo es una cuestión económica?
- Peor aún, filosófica.
- Haberlo dicho antes, no venía.
- Y quién lo llamó.
- La curiosidad. Maldita curiosidad.
- Perdóneme un segundo, quiero encender mi walkman.
- Ése es su walkman, qué moderno.
- Vaya, vaya, usted es más culto de lo que yo pensaba.
- Todo ayuda cuando uno es pobre. En definitiva. ¿Qué le queda al hombre hoy?
- Ser ciego, sordo y mudo. Es lo que le falta o lo que le sobra.
- Vaya reflexión oportuna.
- Al final de cuentas, tan livianitos que veníamos y mire, salió el sol.
- Usted es más engreído que el del perro.
- Es verdad, pero tampoco es cuestión de quitarse confianza.
- No me diga que tiene confianza, que tiene fe.
- Yo no fui el que habló de la fe.
- Yo tampoco.
- Concluamos que es un poco confuso ¿no?, medio enquilombado.

-Y, a propósito. Deliberadamente confuso, casi sin escrúpulos como para auto aniquilarse.

-Astucias, que por sutiles, se aniquilan a sí mismas.

-Eso es como llegar al límite, vea.

-Pero, doctor, ¿hay límites?

-Desde luego que no, profesor, pero siempre hay un pero, un pero medio rebuscado, es verdad, pero un pero al fin.

-Cuando usted se refiere al pero, es al pero o al perro.

-Es lo mismo, pa' qué engañarse.

-Eso fue muy sutil.

-Poético.

-Mire, a veces pienso que si uno tiene a alguien que lo aguante, es suficiente, nada se le puede pedir a la vida más que a uno lo aguanten. Es como haber ganado el cielo. Si algo falta en este mundo es comprensión.

-Comprensión y salud.

-Salud.

-Tómese otro, le va venir bien.

-A qué se refiere.

-No sé, pero despierta ciertas fantasías.

-Es una posibilidad, la otra, la irremediable locura. Mire, cuando algo no se entiende, seguro es locura, con eso nos salvamos todos.

-Yo sé que vamos mal, pero sabe qué, no me importa.

-Usted, ¿alguna vez dijo que nunca más tocaría una cosa y la terminó tocando?

-Hombre, siempre lo hacemos, es tan humano que da vergüenza.

-Laurel y Hardy.

-Olmedo y Portales.

-Abott y Costelo.

-La pija y la concha.

-La concha, qué tema ése.

-Todo tan moderno y antiguo a la vez.

-Sabe qué hoy estoy tan enamorado de mí, que parezco al del perro.

-Pero si recordamos.

-Mire, si recordamos, nos vamos a la mierda. Decididamente, hay que vivir sin recuerdos, en definitiva no sirven para nada.

-Hoy es hoy ¿eh? Y dale nomás.

-El lado oscuro de la luna.

-Todo es tan confuso, que es como llegar al fondo y en el fondo, sabe qué, no hay nada.

-Por fin, hombre.

-Perdóneme, pero cuándo usted dice hombre, ¿incorpora a las mujeres?

-Desde luego. Aunque ¿desde qué lugar dice usted eso?

-Desde acá, sentado.

-Muy bien, lo felicito, las mejores ideas del mundo deben haber provenido de alguien sentado.

-¿Hombre o mujer?

-Es lo mismo. Pero, ¿fue usted quién se tiró ese pedo?

-¿Se oyó?

-No, se olió.

-Otro paso de comedia, y van.

-Bla, bla, bla. Déjeme ser feliz un momento, por lo menos un momento.

-Sabe qué creo. Que todo está centrado en un yo y que de ahí no sale.

-Usted debe estar diciendo algo así como que este producto no tiene salida.

-Y más o menos, qué se yo. Yo trato ¿vivo?, pero trato nada más.

-Su infierno o su cielo, si es que los hay, tienen un camino tan largo y es tan agotador el viaje, que es mejor dejar las valijas en el camino, sobre todo si estas son pesadas. Porque una valija liviana, convengamos, cualquiera la lleva, pero, y usted va viendo que como dice la gente, siempre hay un pero, repito, pero una valija pesada, no cualquiera, ¿eh? Todos se hacen los boludos.

-A propósito, y esto lo estuve pensando hace unos días, sabe cuál es la fórmula del éxito aparente, justamente esa, hacerse el boludo, hacerse el que entiende hasta ahí nomás. ¿Usted quiere triunfar en la vida, tener muchas cruces en los diarios cuando muera?, hágase el boludo. Hágase el que ignora. Yo no sé, yo no fui. Encójase de hombros, pero no muestre que se encoge de hombros, al contrario, muéstrese preocupado. Un boludo preocupado, la gran escena, la clave: todos somos amigos y nos amigamos si no lo somos, y así se van sumando cruces. El patronato de amigos de la infancia desamparada, una cruz, las damas de protección a la madre soltera, otra cruz, el directorio de la empresa, otra cruz, la sociedad de fomento al pie descalzo, otra cruz, los bomberos, otra cruz, los incendiarios, otra, parientes y amigos, la única cruz.

-La suya, también, no deja de ser una actuación.

-Un exorcismo vea, y me voy porque esta charla parece más una obligación que un placer y quiere que le diga una cosa, lo único que vale en la vida es el placer, el placer eterno. Hay que lograr eso y lo demás nos debe chupar un huevo.

-¿Y a usted cómo le va?

-Si me muero hoy, tendré demasiadas cruces. Así que vayamos bajándonos lo pantalones y.

-Oiga, por qué no se va un poquito a la mierda.

-Siguen los pasos de comedia, cuidado.

-Dónde.

-Más adelante, no desespere.

-Así que nos vamos.

-Exacto, nos mudamos.

-Al final todo termina alguna vez.

-¿Vio?

-Nada se diferencia de nada.

- No crea, yo por ejemplo soy de River, ¿y usted?
- Odio el fútbol. No me diga que quiere hablar de fútbol.
- Es que ¿hay algo superior al fútbol?
- Todo.
- A veces creo que podríamos hilvanar alguna historia, alguna cosita.
- Ya lo creo, qué bien nos vendría, lástima que hoy sea domingo.
- No me diga que es domingo.
- Y sí.
- Cómo se me pudo haber pasado.
- Qué cosa.
- El sábado.
- Y ayer fue sábado. Dónde estaba usted, todos acá sabíamos que era sábado.
- Es lo que me pregunto, dónde habré estado.
- En el cabaret, seguro.
- Es muy sencillo eso. Un lugar poco común, en fin, veo que se defiende como puede.
- A los finales siempre se llega cansado.
- Sabe qué me hizo acordar cuando yo estudiaba.
- No me diga.
- Sí, en una época, cuando era joven, estudiaba.
- Y de qué se recibió.
- No, no me recibí, estudié. Estudiar no es recibirse, es estudiar nada más.
- ¿Y qué estudió?
- Si por lo menos me acordara.
- Pero hace mucho.
- Qué día es hoy.
- Domingo.
- Me refiero a la fecha.
- Y será como el veintibrete de garzo dimil nutrimentos perunti mocho, qué sé yo.
- Entonces hace unos cincuenta años y dos meses.
- Vaya, cómo se simplifica todo.
- No recuerdo.
- Pero qué es lo que no se acuerda, lo que estudió, o cómo estudió.
- Mire, en realidad yo recuerdo tan pocas cosas.
- Haga un esfuerzo.
- Bueno, me acuerdo que tenía un libro muy gordo sobre la vida de un santo.
- Nos vamos acercando, ¿ve?, eso ya es una pista.
- Yo me sentaba a una mesa que daba a una ventana.

-Muy bien, estamos más cerca.

-Y estudiaba por las mañanas.

-¿No habrá sido un seminario?

-No, era mi casa, mejor dicho, la casa de mis padres.

-Y usted cuántos años tenía.

-Quince o dieciséis.

-Estaba en el secundario.

-No, yo abandoné en tercer grado.

-Habrá querido hacer cuarto grado entonces.

-Puede ser.

-O catecismo, ¿usted tomó la comunión?

-Varias veces.

-Quiero decir si tomó clases de catecismo.

-Sí, fui el mejor alumno. Me dieron dos hostias mojadas por eso.

-Qué raro.

-Sí, es raro, me parece que le estoy mintiendo.

-Hasta ahora era todo muy verosímil, encajaba perfectamente, lo raro hubiera sido que usted no hubiera tomado la comunión. Yo la tomé y no por eso tengo licencia para mentir, es más recuerdo muy bien el día: era un 8 de diciembre, me habían vestido con un traje que en la pechera tenía unas puntillitas.

-Un mariconazo.

-No, fíjese que unas tías mías decían que así parecía un hombrecito.

-¿Y?

-Y nada, hoy es un día tan gris, que ni ganas de recordar tengo, así que déjeme en paz, más vale hable usted y cuente qué carajo estudiaba.

-Para santo.

-¿Para santo?

-Ahora me acordé, yo quería ser santo.

-Y estudiaba para eso.

-Por supuesto, leía la vida de los santos para imitarlos.

-¿Y?

-No..., mucho trabajo. No, para ser santo hay que pelarse el orto.

-Y por ahí encima ni se lo reconocen.

-Eso es cierto. Si no, fíjese que nos está pasando con la jubilación.

-Y eso qué tiene que ver. O usted cree que por ser viejo se es bueno.

-Por favor, no ponga en duda mi bondad, me ofende.

-Al final no contó nada.

-No tengo ganas, ya le dije. O me va a decir que no lo dije, todo el tiempo se lo dije, de mil maneras, y usted dale que dale, que cuénteme de esto, de aquello, haga la vida más llevadera, en fin,

demasiadas exigencias para la época, demasiadas exigencias para un día como hoy, un día gris, es cierto, pero un día como cualquier otro.

-No se queje, ya no vale la pena.

-Tenemos que alegrarnos o entristecernos.

-Y eso qué tiene que ver.

-Qué se yo.

-Aguante unos metros.

-Para qué.

-Para nada.

-¿Entonces?

-Entonces nada, como siempre. Aunque, honestamente, yo me había hecho alguna ilusión, qué se yo, no diga que no hemos perdido el tiempo.

-Una hijaputez.

-Sí, pero así empezamos.

-Y así terminamos.

-Ya lo creo.

-Una hijaputez. Y grande.

-¿Pediremos perdón?

-Creo que no.

-Y bué.

-Y chau. A otra cosa María Rosa.

FIN